



WALTER MONTENEGRO

ONCE CUENTOS

NOVIEMBRE de 1933

© Rolando Diez de Medina, 2020
La Paz-Bolivia

INDICE

DE LA GUERRA A

un hombre débil
un jefe terrible
la "encomienda" de Juan soldado
reportaje al alma del soldado desconocido

DEL AMOR

un enamorado
el olvido
la huida
el hogar de mi maestro

DE LOS ANIMALES

lamentable historia de un cocodrilo sincero
la araña y la mosca
medoro (biografía canina)

un hombre débil

Instantáneas

I

ENVUELTO en la tibieza de la cama, sintiendo cómo poco a poco le inundaba el calor del otro cuerpo, dejó paulatinamente de temblar. Y no solo esta noche, después de su milagrosa fuga de manos de los “patriotas” que como a “emboscado” lo persiguieron sañudamente, no; ahora, como siempre. Es duro pensar que el temblor pueda convertirse en el ritmo propio de toda una vida. Y, sin embargo, ello es posible. Juan José inició su carrera de sobrecogimiento, de terror orgánico, quizás al salir del vientre de su madre; y el mundo acabó de asustarlo definitivamente, convirtiéndolo en este niño cuya técnica ya no era otra que la de andar a salto de mata por la vida, con tímidas sonrisas, miradas suplicantes y medios ademanes.

Era un niño asustado, acogido a la ternura de su mujer como si ella fuera también un poco su madre. Por eso, después de la dura jornada, cada noche tomaba Juan José al regazo conyugal como a un refugio; como al único punto, en la Tierra, en que, sin necesidad de luchar contra los gigantes de la existencia, se entregaba a la inefable dulzura de una protección siempre, abierta, siempre tibia.

Y ahora la guerra, este monstruoso huracán de la guerra, convirtiendo el temblor de todos los días, en sacudida catastrófica, inenarrable. Qué sentido definitivo adquirió para Juan José la huida! Era el campeón, el astro de la huida, porque la huida residía en sí mismo, era la fuerza primaria de todas sus vísceras. Si hasta el corazón, por su cuenta, parecía quererle escapar a cada minuto, a cada amenaza de los “patriotas”.

Esta noche, está más vencido que nunca; la lucha es demasiado fuerte. Y, como si el instinto revalidador y exclusivista, no quisiera permitirle otra revancha que ésta, para su derrota exterior cotidiana, tan solo se serena y adquiere la certidumbre de su propia, existencia, cuando el contacto acogedor de Elsa enciende su sangre y cuando exprime en la carne morena, dulce y prieta, toda su vida llena de fracasos y de terror, rubricando así el único documento hondo y veraz de su masculinidad.

II

Un día, el hermetismo inexorable de los “patriotas”, pudo más que todas las argucias de la viveza refinada por el miedo, de Juan José.

Sin tiempo para salir de su aturdimiento, se encontró uniformado marchando con afectada marcialidad hacia la estación, rumbo al frente, a la guerra.

Una multitud histérica ululaba en torno a la tropa. Esta multitud que igual gritaba su entusiasmo bélico, como más tarde gritaría su desgracia irreparable. Un fraile dijo la última arenga guerrista, en la estación, y Juan José lo odió con toda su alma.

Apretado por correajes toscos, enfundado en pantalones inverosímilmente grandes, con el hombro deshecho por el peso del fusil, llena la pechera del uniforme de medallas religiosas enredadas en cintas con los colores de la bandera, como si la corte celestial hubiese adquirido poco envidiable nacionalidad terrena, Juan José recibió los abrazos de la despedida; las lágrimas de Elsa le humedecieron las mejillas. A medias anestesiado, no tenía ni miedo ni tristeza; tampoco pudo unirse a la algarabía de gritos patrióticos y jactanciosos de sus compañeros. Partió el tren, y Juan José se esforzó por pensar algo trascendental en este último minuto de su vida, al alejarse hacia un

“quien sabe” constelado de amenazas. No pudo hacerlo, y se situó como un fardo sobre el asiento del vagón, abrumado por el peso de este mundo extraordinario que empezaba a gravitar en su alma.

III

Después de la áspera jornada, de los suplicios del cansancio, del hambre y de la sed, llegaron a un pueblecito escondido como un nido blanco entre los enormes farellones cubiertos de boscaje jugoso y brillante. Dos ríos de agua cristalina, confluyendo allí, formaban con sus cuencas profundas un como púbis que era el poblado vestido de vegetación y levantado sobre un promontorio final.

Hay una alegría del agua, como hay la meditación del fuego. El alma despierta en un impulso de gritos, de pasión, frente a la linfa cristalina, desmenuzada en gotas luminosas, como hay un éxtasis pensativo y mudo frente a los dibujos fantasmales de las llamas.

Como un colegio de chiquillos en excursión dominical, los soldados se dispersaron por las riberas, lavando sus cuerpos sucios de polvo y de sudor.

El baño se prolongó durante toda la tarde; al caer la noche, se produjo un movimiento inusitado junto a una de las “pozas” más profundas.

Un soldado se había ahogado. El cuerpo amoratado y húmedo fué revolcado en inútiles esfuerzos por reanimarlo. La cara arrastrada sobre el suelo, mostraba los ojos abiertos. Juan José, estremecido, pensaba en los chirridos que producirían las pupilas al frotarse contra la arena. Entre la indiferencia de los más, el cadáver fue trasladado hasta una carpintería del pueblo, en la que quedó tendido sobre dos cajones. Lo cubrieron, piadosamente, con una manta.

Durante la noche, la banda del pueblo tocó una retreta de gala. Al final, la tropa se entregó al frenesí de las cuecas encendidas en vino y aguardiente.

Juan José no había podido olvidar al compañero muerto. Supo que se llamaba Juan Perez (como cualquier soldado desconocido); se encontraron en los bolsillos de su uniforme, algunas cartas de su madre en las que junto al grito de ternura que recomendaba precaución, prudencia, surgía débilmente, por fuerza del ambiente, el deseo de que el hijo volviera convertido en héroe después de haber cumplido su deber con la Patria. Ahí estaba el héroe, hinchado como un globo morado, con las pupilas abiertas debajo de la manta; ahí el hijo que debía cuidarse de las balas enemigas; el hijo a quién su madre soñaba, sin duda, librándose de la muerte, en los asaltos a la bayoneta, por milagro de alguna Virgen Santísima conmovida por su llanto y sus ruegos.

No había un compañero que lo velara. Dos cirios medio consumidos chisporroteaban junto al féretro improvisado, haciendo danzar las sombras de las sierras y los formones del taller; sobre los muros llenos de agujeros y telarañas.

Juan José, después de contemplar el cuadro durante algunos minutos, salió a la plaza y se mezcló con la tropa que seguía cantando y bailando, cada vez mas ebria. Ya borracho, se abrazó a un compañero y se echó a llorar; le habló de Juan Perez, cuyo cadáver hizo visitar con tres o cuatro soldados que parecieron enternecerse por un instante. Después, salieron nuevamente y, entre hipos, sollozos y cánticos, deambularon por las calles del pueblo ungidadas de sombra.

IV

Al día siguiente amaneció envuelto en algodones de niebla, como un niño endeble al que su madre quisiera preservar de golpes.

Los soldados despertaron de su pesado sueño alcohólico, para asistir al entierro de Juan Perez. El cadáver, envuelto en una frazada, fué puesto sobre un camión; una "escuadra" lo escoltaba.

Los demás compañeros, entre ellos Juan José, asistieron en grupos. El cementerio estaba situado en lo alto de una colina que dominaba el pueblo.

Desde la cumbre, Juan José contempló entristecido el paisaje brumoso; su cerebro estaba igual, y tenía sed, la boca amarga, frío nervioso en todo el cuerpo. La parte inferior de la colina se perdía en la niebla; de en medio de ella emergió, con ronco zumbido, el camión fúnebre; detrás marchaba el pelotón de escolta, y finalmente, algunas personas piadosas del lugar.

La comitiva penetró en el cementerio, donde apenas se veían quince o veinte cruces, El cadáver de Juan Perez fué descendido del camión y puesto junto a la fosa recién abierta. Juan José tenía el alma encogida de tristeza; miraba turbiamente todo lo que le rodeaba. Oficiales y soldados conversaban en voz baja mientras se perfeccionaba la fosa.

El cura del pueblo, especie de ballena con voz de tiple, carraspeó unas cuantas veces e inició un estúpido discurso patriótico. Con grandes ademanes hechos con ambas manos, cuyos dedos se encogían afectadamente, hablaba de "la Patria que exige sacrificios". Decía que la madre de Juan Perez debía sentirse feliz por haber ofrendado un hijo en aras del deber.

Toda la amargura de su hígado empapado en alcohol empezó a subirse al corazón de Juan José. Odiaba a este cerdo con sotanas, que apenas si tenía una frase de conmiseración para hablar de Juan Perez, embebido como se hallaba en bordar hermosas frases con su insoportable voz de eunuco. Juan José pensaba en la carta de la madre de Juan Perez, mientras el cura describía los "campos de batalla" y afirmaba la alianza indudable del "Dios de las batallas" con "nuestro ejército".

Luego empezó a fijarse en la boca sangrante y los ojos verdes de una muchachita que mientras contemplaba indiferentemente la escena, era objeto de la curiosidad de oficiales y soldados. Sus ojos verdes contrastaban con los labios excesivamente pintados, como para dar a los forasteros la impresión de que en el pueblo se conocían también las modas del mundo. Llevaba un guardapolvo blanco en el que se dibujaban rotundos los senos. Se sentía admirada y coqueteaba ingenuamente.

Entre tanto el cura, que con su intuición semifemenina percibió que se olvidaban de él, sintió un arrebató de celos. Y para atraer nuevamente la atención sobre sí, hizo más agudos sus alaridos patrióticos, reiterando su confianza de que Dios actuaría de parte de nuestras armas; pero a nadie parecía interesar ya ésto.

Se oyó como un alarido el toque de "silencio". Las expresiones se hicieron adustas. Todo el frío de la mañana, pareció descender nuevamente sobre la escena, y apagar inclusive el fuego de la boca de ella.

Luego se marchó la comitiva, mientras rebotaba todavía el eco de la lúgubre clarinada, entre las laderas invisibles de los montes.

Juan José vió perderse a todos en la bruma; miró una vez más el montón de tierra removida, y, con un escalofrío nervioso, partió también caminando rápidamente hacia el pueblo.

V

El Chaco parece defenderse con todos sus recursos de los intrusos venidos desde las montañas. Los soldados se hunden hasta las rodillas en el polvo impalpable, ardiente. El bosque terroso, gris, no depara sombra. Los árboles son esqueletos de árboles que danzan una danza erizada de espinas y de gestos trágicos.

La tierra es enemiga del hombre; lo rechaza, lo odia con toda la pasión de sus entrañas escondidas en el fondo de una monstruosa obesidad de arena. El sol calienta los uniformes de "kaki", hasta que semejan ser de zinc.

La tropa marcha con tambaleos de ebriedad por entre las profundas huellas dejadas por los camiones. Ni una palabra; tan solo el ruido isócrono de las bayonetas golpeando en las caramañolas, en las herramientas de zapa.

Juan José siente el chirrido de mil invisibles cigarras zumbándole en el cerebro. Quiere gritar, quisiera descansar, pero le aterra la idea de rezagarse y quedar abandonado en medio de esta inmensa soledad poblada de amenazas.

El camino se alarga infinito, jornada tras jornada; el paisaje parece repetirse todos los días, como si el pesado sueño de la noche trasladara otra vez a los caminantes al principio, en un retroceso de maldición.

Juan José siente que se le agotan las fuerzas; se quejaría, pero no sabe cómo hacerlo. Y tiene la impresión de que ya nunca ha de llegar a parte alguna; que ni siquiera hay guerra; que este es un definitivo peregrinaje eterno; que toda su vida no ha de ser más que esto: andar, andar, andar. Irse siempre, interminablemente más lejos, para no llegar jamás.

VI

De lejos, rodando por el cielo como truenos cansados, llegan los ecos de los cañonazos. La tropa avanza hacia las primeras líneas.

Juan José tiene terror, esta es la verdad. Apenas puede respirar en medio de un jadeo que parece arrancarle el corazón por la garganta.

Más cerca, cada vez más cerca. Las ametralladoras ladran como perras coléricas, y las balas pasan desflecando el follaje; pasan con rabioso zumbido de abejas enloquecidas.

Luego, las zanjas, los troncos que dejan filtrarse el hilo de luz de la tronera; ese pequeño hueco que parece gigantescamente abierto a todas las posibilidades.

Juan José se esconde, se hunde, quisiera perderse para siempre entre la arena removida del suelo. Quisiera gritar más que los heridos que caen con terroríficos aullidos. Nada le parece más inútil odioso que el fusil este fusil que le han obligado a ensartar en la tronera y que está allí mudo, inservible en su silencio de asesino en reposo.

Largos minutos que parecen siglos. Y luego el fin del combate, los comentarios febriles, las ponderaciones de valor.

Juan José ha quedado laxo, con los nervios como largas ramas caídas, empapadas en las lágrimas que lloró de los ojos para adentro.

VII

Se acogía como a una protección, a la amistad de sus dos compañeros, más fuertes que él, cada uno a su manera. Mirael ponía toda la vehemencia de su temperamento en el odio a la guerra. Y este su odio, sin que él mismo lo advirtiera, le hacía luchar con rencor, con saña. En los largos períodos somnolientos de la guerra de trincheras, su dinamismo escapaba en chorros de indignación verbal.

Lucio era un enigma. De temperamento delicado, soñador, sin duda extraordinariamente sensible, por una sobresaturación de sensaciones, había alcanzado un estado como de sonambulismo resignado. Tenía una profunda tristeza en lo hondo de sus ojos oscuros.

Juan José se esforzaba para no dejar traslucir sus nerviosismos de niña aterrada; con devoción casi servil, vivía unido a los espíritus de los dos camaradas, como tomado de las manos por la fuerza interior de ellos; se acurrucaba como un perro al amparo de sus amos.

En las largas noches de tranquilidad, tranquilidad preñada de amenazas, cuando sus sentidos se agudizaban en hiperestesia dolorosa, las charlas de Mirael y Lucio eran para Juan José un blando refugio.

Sin comprender completamente lo que oía, les escuchaba con placer. Mirael, echado de bruces, apoyaba la cabeza sobre los brazos cruzados contra el suelo.

-.....ya no importa a nadie lo que suframos nosotros; somos pobres bestias perdidas en este infierno. Si no fuéramos bestias, nos rebelaríamos; si por lo menos nos quedase el sentido de lo heroico, preferiríamos morir gritando contra esta infamia, a morir atravesados por un balazo que dispara otra bestia como nosotros.

Lucio, de espaldas, quedó callado. Juan José vio que sus pupilas estaban acuosas, y que en ellas se reflejaba la luna, como dos pequeños puntos blancos.

Se hizo un silencio profundo. Los soldados roncaban alrededor. Juan José quedó mirando todavía mucho rato, los ojos húmedos de Lucio que no se movían. Luego quiso decirle algo, pero no encontró las palabras precisas. Finalmente, logró la solución:

-Tápate con mi frazada, ya hace frío...

-Gracias, -y se envolvió con toda la manta, dejando a Juan José descubierto; pronto empezó a roncar.

Juan José, despacito, se arrimó al cuerpo del compañero, y cautelosamente se encogió debajo de una punta de la frazada.

VIII

Cuando una bala perdida mató a Lucio, Juan José corrió junto al cadáver con un premeditado anhelo de llorar, de aullar esta desesperación que desde tanto tiempo atrás le hinchaba el pecho como un tumor monstruoso.

Lucio tenía los ojos entreabiertos; se veían las oscuras pupilas muertas brillando a la luz de las estrellas; aquella infinita, tristeza, herméticamente guardada en la sombra de la mirada, estaba intacta; tan. Severamente pura y honda, que Juan José enmudeció el grito que su anhelo de desahogo preparaba a flor de labios. Recogió el miserable hatillo de las cosas de Lucio; quiso leer algunas cartas ajadas y mugrientas guardadas en un bolsillo de la guerrera, pero tuvo miedo. Algo sobrenatural velaba junto al cadáver amarillo, como alargándose desde la mirada muerta que brotaba por entre los párpados entreabiertos.

Cuando Juan José puso las manos, en ademán de despedida, sobre la tierra que cubría la fosa, aún le pareció que el profundo rayo oscuro de los ojos salía, filtrándose entre sus dedos, y subía, subía hasta diluirse en las estrellas.

En este silencio helado se ahogó la última tentativa de expansión sentimental de Juan José, que, desde entonces, ya no fué sino uno de tantos fantasmas atónitos, pálidos y sucios que vagaban por las trincheras. Sin darse quizá cuenta de ello, había comprendido que la angustia de la guerra

es tan infinitamente grande, que no hay grito humano para contenerla; que sólo cabe en el grito inconmensurable del silencio.

IX

Un día, concluyó la guerra. El milagro de la paz encontró a Juan José, como a los niños que ya no creen en Noel trayendo juguetes por la chimenea.

Sin embargo, había ansiado tanto aquel minuto, que hoy era inverosímil la indiferencia casi hostil con que contemplaba el regocijo de los demás. Maquinalmente, pasó por los trámites del regreso. Devanó de nuevo, sobre un camión repleto de soldados, el hilo de los caminos blancos de sol crudo y de arcilla candente. Un presentimiento indeterminado le anunciaba algo peor que la guerra misma, al final de este retorno en el cual llevaba, como un equipaje sombrío, pesados fardos de desesperanza y un escepticismo mordido entre los dientes junto con la arena chirriante.

X

Conforme ascendía, al regreso, iba debilitándose dentro de él aquella fuerza que adquiriera en la guerra. Eran muy diferentes las dos cosas. Allí no había más que tener valor suficiente para morir, y eso se logra siempre sea aunque a fuerza de imbecilizarse y después de sentir la carne se estruja temblorosa de pavor. Pero la vida: es tan complicado... Más que nunca comprendía su impotencia para vivir; su condición de fracasado innato. Quizá si fue para él una solución aquella de la guerra que planteando el problema absorbente de la muerte, veló las inquietudes della vida. Morir es apenas los ojos para toda la eternidad. La vida es, en el paso a paso de todos los días; la menuda angustia de cada hora que arranca su raíz en el hambre, y sube, sube siempre ganando el corazón, el cerebro, el espíritu.

El regreso era triste. Ni siquiera cabía el consuelo de las borracheras de gloria y de triunfo con que alguna vez soñaron los soldados. Los convoyes polvorientos llegaban a los pequeños pueblos, primero, y luego a las ciudades, en medio de un silencio pavoroso. Reproche por la derrota? No, peor que eso: indiferencia. La guerra fué algo tan extraño al sentimiento colectivo, que bien pudo latir el corazón del país, sin alterar su ritmo, cuando la arteria de toda una generación estaba abierta en el Chaco.

Los soldados se empapaban de una amargura callada y plena de rencor. El regreso fué un sueño tan apasionadamente acariciado, que un desencanto infinito, peor que la sed de aquellos días de sol en el bosque, secaba la emoción pronta a desbordarse en ternura, en gritos.

Juan José pensaba: "Es que esperaban la Victoria. Pero qué nos importa ahora la Victoria? Nos hemos salvado; aquí hay un milagro que esta gente no comprende. No sabe lo que es para nosotros la Vida; esta vida. Que aun infundiéndome terror, es, al fin y al cabo, la certidumbre de vivir; la emoción temblorosa, tímida, con que volvemos: es nuestra Victoria sobre la muerte..."

XI

Sin saber por qué, cuando Elsa le estrechaba entre sus brazos, hipando sollozos intermitentes, Juan José tuvo la sensación de algo espantosamente falso. El mismo, al repetir las frases que tanto pensó, se sintió un poco ridículo...

-Mi vida... Mi Elsa...

-Creí que no volverías ya nunca.

-Tenía que volver para tí. Sólo tu cariño me ha salvado.

Y luego se abrazaron otra vez. Ella escondiendo el rostro contra el pecho de Juan José, y él, mirando por sobre su hombro, la multitud gimiente y estremecida.

Nunca pensó que todo fuera así. Había soñado este instante como una especie de delirio apasionado. Muchas veces se vió, en sus divagaciones del Chaco, llorando como un chiquillo, con el rostro hundido en el seno de Elsa.

-Vámonos ya.

-Sí, vamos.

El automóvil se hundió en las calles de la ciudad, hasta detenerse junto a una puerta adornada de vecinos curiosos que, seguramente, sabían y esperaban la llegada de Juan José.

La casa estaba llena de personas desconocidas que saludaban familiarmente a Elsa; apenas, de vez en cuando, una cara conocida.

Juan José jugaba un curioso papel de extraño. Todos se dirigían a Elsa; la felicitaban, le hablaban de sus sufrimientos reían y se posesionaban de las habitaciones.

Con inquietud, sentía aproximarse la hora de la intimidad, a solas con ella. El miedo, el choque hiriente de cada día, en la guerra, había hecho replegarse su sensibilidad hasta el fondo de sí mismo. Hoy que la necesitaba, le era ya imposible encontrarla, recónditamente agazapada como estaba en los últimos pliegues de su ser. Por eso, repasaba mentalmente frases estudiadas, actitudes inciertas que no sabía cómo iniciar.

La gente allí reunida, estaba realmente alejada de él; sentía sus pensamientos, oía sus palabras, palpaba la trama entera de la vida de estas personas, en la cual ya no tenía injerencia alguna. La vida es el recuerdo: se habían acostumbrado a olvidarlo; la vida es la esperanza: no contaban con él para forjar las suyas.

Cuando el último visitante se fué, quedó frente a la mirada de Elsa, como frente a un abismo; y otra vez el cosquilleo de terror que tantas veces sintiera en la guerra, subió por todas sus vísceras hasta el cerebro, tal un ejército de gusanos.

XII

Al día siguiente, después de una noche helada de tristeza, acoplamiento de ausencias, suma de vacíos, salió a encontrarse con un sol radiante, extraño, sobre las baldosas de la calle, en las paredes pintadas, en los techos rojizos. Empezó a andar sin rumbo determinado.

Cuando al anochecer se levantó de un banco en el que había permanecido sentado largas horas, y quiso mover los pies para andar, algo le dijo con inexorable claridad que ya no tenía a dónde volver. Que había perdido, para siempre, la inefable posibilidad del retorno, y que estaba de pie, en medio del mundo, crucificado entre los cuatro puntos cardinales de la soledad.

un jefe terrible

ESTAMOS en uno de esos incipientes poblachos que en el Chaco se llaman “Fortines”: Las pequeñas casuchas asimétricamente distribuidas, dejan entre sí enormes claros de arena candente.

La decoración del paisaje son los “toboroques”; árboles panzudos que en la escala social de la flora chaqueña, sin duda representan la burguesía rechoncha y fofa.

Acompaño en esta comisión a un viejo, pequeño y apergaminado Jefe que en la áspera rutina de su vida transcurrida en los cuarteles, ha logrado dar a su personalidad rudeza exterior sorprendente.

Y digo exterior, porque me imagino el verdadero espíritu de este hombre como algo delicado, casi temeroso. Su voz, forzadamente dura tiene en el fondo tonos vacilantes y dulces, inflexiones hechas para las conversaciones caseras, o cuando más, para reprender a los hijos que se aplazan en la escuela.

Sin embargo, el Jefe es ahora un hombre enérgico, violento. Quien sabe que necesidad le llevo hasta los cuarteles, obligándole a arrugar el entrecejo y fruncir los labios para siempre. El varillaje de la disciplina ha estirado de tal manera su “yo” intrínseco, que ahora tiene una tiesura portentosa.

Sus ojos le traicionan terriblemente. Por éso, por una especie de precaución intuitiva, casi siempre los tiene entrecerrados; velados por la maraña hirsuta de sus cejas grises. De vez en cuando, mirándole cuando él no está sobre aviso, encuentro unos ojos claros, humildes tan profundamente dulces, que quisiera decirle:

-Es inútil que se oculte. Le comprendo, y no encuentro nada malo en su delicadeza. Sea sincero conmigo.

Su pequeño y trémulo corazón de abuelo debe estremecerse ante las cosas que vé; ante las que está obligado a hacer, y creo que sería muy consolador para él, tener alguna persona a quien confiar sus vacilaciones, su quebranto; su infinita debilidad de hombre manso, ajeno a las altas tensiones de esta espantosa máquina de la guerra en que él, con su mano, está obligado a producir cosas terribles.

Pero el Jefe no admite flaquezas. Se las castigaría él mismo, con igual severidad que la empleada para los demás. Letra por letra desmenuzaría sobre sí las sanciones de esos viejos reglamentos que le han robado el derecho de sentir.

Y cuando su instinto le advierte el peligro de ser demasiado claramente comprendido, cierra los ojos con fiereza que nunca y me da una orden aún más breve y seca que de ordinario, como pretendiendo engañarse a sí mismo. Testimonio de su voluntad triunfante. Pobre Jefe... Le quiero, y sufro con sus luchas en el recinto íntimo en que pelean a matarse su “yo” y su deber.

Iniciamos el trabajo, en medio de las órdenes que imparte con su desagradable voz de circunstancias.

Estamos reclutando chaqueños. Los tímidos y balbucientes reclamos son bruscamente cortados por frases rotundas: “El deber ante todo”. “Debemos morir”, “La Patria primero y después nosotros”. Ellos se van sin decir nada.

Los chaqueños tienen nueve décimas partes de su vida, llenas de silencio. Sus reuniones en torno a la "pava" en que hierve el agua para el mate, son reuniones taciturnas apenas salpicadas por palabras sueltas dichas con ese tono gangoso que parece el cansancio de la voz. Seres solitarios y concentrados; batalladores de esta tierra extraordinaria en que la Naturaleza ha dejado de ser Madre para convertirse en un titán feroz armado de espinas, de sed, de tormentas y de un sol aplastante, han aprendido a callar cerrando su alma en una actitud de lucha constante y resignada. Hijos de un mundo meteorológico inclemente y atrabiliario, que se lanza frenético desde el calor que asfixia al frío mortal, desde la sed hasta el diluvio, sin transición, me parecen aquellos niños tristes y desconfiados que rondan medrosos en los hogares de los alcohólicos brutales. Las mujeres, cuando envejecen, adquieren la forma de los árboles chaqueños de troncos retorcidos en figuras atormentadas; árboles amargos, sin sombra.

El Jefe ha logrado grabar tan profundamente aquellos conceptos en su alma, que a veces me parece cruel e incomprensivo. Otras, le admiro por su voluntad. Para él todos los sentimientos que no sean el civismo y la energía militar, deberían huir como aves azoradas, ante el brillo del uniforme.

Todo esto voy pensando mientras inscribo nombres en la lista; nombres que la muerte borrará más tarde. Podría ahorrarme el trabajo.

El ordenanza anuncia a una mujer. El Jefe hace un gesto de notoria impaciencia.

Comprendo, comprendo... El sabe cuán estéril es lanzar sus frases sonoras y categóricas ante la angustia que no hace eco; qué poco valen los razonamientos ante el temblor de unos labios plegados en gesto de llanto.

Es así nuestra vida, mi Jefe. Estamos borrachos de ideas y de palabras, y no comprendemos que a fuerza de pensar nos hemos alejado de todas las profundas verdades vitales que arraigan en los nervios, en la carne; nuestra embriaguez sapiente nos ha hecho subir hasta el último piso de una casa que no es la nuestra; desde allí, sin saber ya qué hacer, nos asomamos a los balcones de la emoción y nos asalta el vértigo.

-Que pase...

Entra una mujer esquelética. Alta, de color negruzco, es el tipo de la vieja chaqueña. Le ofrezco un silla, queda en pie sin saber qué decir. El jefe se levanta y saluda:

-Buenas tardes señora.

-Buenas tardes señor.

(Que tiempo hará que mi Jefe no se oía llamar "señor"?)

-Diga qué se le ofrece.

Ella responde. Sus manos que retuercen la punta de puesto, y sigue callada. Al fin hace un esfuerzo y habla con frases entrecortadas:

- Sabe, señor... tengo un hijo en el Regimiento "X": Está peleando desde hace dos años. Mi otro hijo murió hace tres meses en un combate...

Calla nuevamente. Nos mira con una angustia desesperada. Cuando habla, su voz es monótona y gangosa.

-Siga usted señora -dice el Jefe cuya nerviosidad es visible.

-Señor... Tengo mucha pena. Mi hijo, señor... Yo no quiero que muera. Estoy solita... No tengo a nadie.

Sus ojos se humedecen, y sobre la piel negruzca resbalan dos lágrimas que ella no enjuga; las manos siguen retorciendo el cinturón.

-Señora, usted sabe, -dice el Jefe- hay que resignarse. No le pasará nada a su hijo.

Chupa mecánicamente el cigarrillo apagado, y me mira con desesperación como pidiéndome auxilio.

-Pero señor... Tengo mucha pena...

No puede decir más. Su llanto, como un sordo rumor, le ahoga la voz. Las lágrimas caen ahora sobre el pecho. Una gota resbala por el seno exhausto y queda temblando en un pliegue del vestido.

Su piel reseca vibra como si por dentro corriera un torrente.

Siempre he creído que las personas concentradas, vierten lágrimas filtrándolas de los ojos hasta el alma.

Mira ahora profundamente al Jefe. Tiene tal febrilidad en los ojos, que me da miedo. Seguramente nos odia. El Jefe baja la vista como avergonzado, como si el eco de su conciencia devolviera agigantada la queja de la madre. Se han hundido sus mejillas. La mirada de la chaqueña es un cuchillo que está desflecando los nervios del Jefe; por qué es sobre él, precisamente que estallan estas tormentas?

-Señor...

-Bien señora, basta ya. Cómo se llama su hijo?

-Enrique Gonzáles. Le dará licencia?

-Sí, señora, sí.

Ella queda muda otra vez; de pronto, en súbito ademán, toma la mano del Jefe y se la besa.

Creo que él está a punto de llorar.

Ella finalmente. Desde la puerta, dice:

-En seguida le mandare un poco de queso, está muy bueno... Muchas gracias señor...

Miro a escondidas al Jefe. Las comisuras de sus labios han caído en un gesto de supremo desaliento. Queda, durante un gran rato, con la vista clavada sobre la mesa hecha de cajones de munición.

Aún se lee: "1.500 cartuchos-Balas S".

Ya nunca podré olvidar la figura de aquella madre. Su voz, su silencio; sus lágrimas sin enjugar rodando sobre el vestido. El cálculo inefable de “un poco de queso” por la vida de su hijo.

Sorda a todo lo que no fuera la voz de su entraña, sonámbula de angustia, nos ha dejado una infinita amargura en el sabor del queso que comemos esta noche.

Chaco 1935.

la “encomienda” de Juan soldado

SE llama Juan Soldado como cualquiera; como todos. Su verdadero nombre, el que oyó pronunciar en la pampa en que retozaron sus juegos infantiles, es algo que se ha perdido a través del tiempo. Cuando lo uniformaron de “kaki”, fué como si hubiese recibido un nuevo bautizo, y desde entonces quedó convertido en este Juan Soldado que hoy ronca fatigosamente en el lecho de Hospital, en el que el milagro de las sábanas, usadas por primera vez en su vida, es un anuncio de sudario.

Juan Soldado quisiera respirar muy hondo, pero tiene un pulmón desgarrado en el que el aire inspirado se desfleca inútilmente; la fiebre le hace delirar en un recuerdo punzante de aquella brisa ligera que hacía vibrar la “paja brava” con sonoridades fantásticas.

Tiene de la guerra un confuso recuerdo en que se mezclan el cansancio, la sed y el miedo, hasta el día en que, de improviso, recibió algo semejante a un espantoso latigazo que le tendió de bruces, sintiendo el cuerpo como un globo desinflado. Y luego, el doloroso peregrinaje agónico a través de los puestos socorro y Hospitales; el traqueteo de los camiones haciendo temblar los andrajos del pulmón.

Oye confusamente cómo se quejan los otros heridos. El también quisiera gritar, aullar la indecible pena que le muerde el alma y la carne, pero ya no es posible; le faltan fuerzas, y apenas resopla fatigosamente murmurando palabras que nadie oye; la sala es un solo lamento: orquestación macabra de ayes.

Le despierta de su sopor la voz de una monja-enfermera que, presintiendo el fin, quiere dar a Juan Soldado el pasaporte de piedad que se necesita para llegar al cielo y le dice:

-Hijo arrepiéntete de tus culpas (tiene Juan Soldado la culpa de algo?) Pide perdón a Dios. ENCOMIENDATE...

Juan Soldado se alucina, despierta. Recuerda de improviso que desde hace mucho tiempo esperaba una “encomienda” que no llegó. Solo ha oído a medias la última palabra; se retuerce, jadea...

-Encomienda... encomienda... no he recibido encomienda...

Está tan próximo a la nada como cuando recién vino mundo; por eso llora como una criatura, grita y se acaba de desgarrar el pulmón que ya estaba como pendiente una hilacha.

Juan Soldado ha muerto. Se está llevando al Sol, su padre, la infinita tristeza de no haber recibido una de esas “encomiendas” en que viene el “tostado” como un montón de lágrimas cuajadas y calcinadas.

Es indudable que, como no pudo encomendarse, no irá al cielo de los santos y ángeles que tocan mandolinas y flautas frente al Señor. Pero su alma morena de indio puro, tostada en las playas de la inocencia, vuela derecha al Sol.

Sentada junto al lecho en que yace la carne macerada de Juan Soldado, la monja reza una oración, haciendo valer ante Dios la influencia inútil de todas las vírgenes y santos que murieron por su amor.

Chaco, mayo 1934

Reportaje al alma del soldado desconocido

DEL mundo fantástico que ha creado la radiotelefonía detrás del telón de la noche, junto con la música de todo el mundo, nos llegan a veces vagos trasuntos aquello que se esconde más allá de lo que certeramente ser explorado por las antenas, que son como agudos bisturíes perforando la carne de la sombra.

Estáticos? Fading? Quizá... todo es electricidad. Pero más de una vez nos ha sacudido un escalofrío, al percibir los gritos estridentes, las voces extrahumanamente atormentadas con que parecen aferrarse por un los espíritus flotantes, al paso de las ondas que vuelan en torno de ellos, en un enloquecido afán de revelación.

-A continuación escucharán...

Y, del pronto, una especie de desgarramiento, y otra voz fatigosa, jadeante:

-Escuche, escuche un momento...

Hay tal sugestión, tan profunda intensidad en esta súplica, que la voz parece dirigirse personalmente a mí.

Sin saber cómo, respondo y pregunto:

-Hable, quién es usted?

-No tengo nombre, lo perdí hace mucho tiempo en el bautizo de mi deshumanización. Soy yo, un yo que tuvo todos los atributos de la personalidad. Soy todos y nadie al mismo tiempo. Sobre todo, nadie, porque mi razón de ser, el porqué de mi existencia, reside en ello. Existo porque no existo. Soy el alma del Soldado Desconocido.

-Y cómo pasó usted de su individualidad concreta a esta especie de abstracción de conciencia?

-Es verdad que fui alguien, pero en las aduanas de la Muerte aquello que formaba nuestra personalidad humana quedó como un contrabando. Le despojan de todo a uno, para llegar al Más Allá como el simple núcleo esencial de UNA conciencia, sin los recuerdos que forman la substancia de la individualidad.

-No puede ser la radio, para ustedes, un medio de comunicación con el mundo?

-Vivimos sin idioma, COMO SONES SIN ECO, en dio del tráfigo de comunicaciones que ha creado la radiotelefonía. Sentimos escurrirse por en medio de nosotros, atravesando nuestra percepción, y mientras padecemos una condenación de silencio, las vibraciones que llevan los mensajes humanos. A veces, un esfuerzo extraordinario, nos permite incluir un grito intraductible, en las ondas que se deslizan por entre los de nuestra angustia.

- Hábleme de la guerra, que es el génesis de su existencia.

-La Guerra? Vista desde aquí, ya no tiene sentido.

-La Guerra? Vista desde aquí, ya no tiene sentido. Más allá del tiempo, en una dimensión del espacio inconcebible para ustedes, estamos en un ángulo desde el cual nada de lo que constituye la trama de los hechos humanos puede ser ya comprendido.

Yo solo podría ver hoy la guerra, como aquella escena con que un vidente de mi época, fisonomizaba nuestras guerras para el concepto de los Hombres Dioses de un futuro utópico; dos grupos de hombres vestidos de distinto modo, arrojándose pedazos de hierro y aluviones de fuego, desde los lados opuestos de una línea imaginaria. Y en medio, como la palpitación de una llaga, el problema íntimo de las conciencias; la catástrofe microcósmica e infinita de cada espíritu y de cada cuerpo lanzados a la nada. Esa es a mi juicio, la tragedia máxima de la guerra: impone, aun antes de que el hombre muera, la destrucción del mundo interior que constituye su personalidad, para substituirlo, en una dolorosa suplantación artificial, por un solo concepto abstracto: El Deber. En un instante, el hombre debe anular en sí todo lo que es esencialmente suyo; desde el primordial instinto de amor a la vida, hasta la trama total de su existencia íntima y social. Un número que se inscribe y se borra fríamente en las listas de altas y de bajas, substituirá todo lo que el hombre era como suma de energías, de recuerdo, de amor. De un lado, la certidumbre del hombre que ES y NO QUIERE vitalmente dejar de *SER*. Del otro, un mandato ciego y absoluto que impone el DEBER DE DEJAR DE SER, y así, la conciencia acaba por quedar distendida, como una cuerda plena de sensibilidad angustiosa, entre las fuerzas antagónicas de la Vida y de la Muerte.

-Sin embargo, y ajustándonos a ese ritmo y a esa situación de espacio y de tiempo de que usted hablaba y que forman nuestra realidad, podría afirmarse que las guerras tienen un sentido constructivo. Esto dicen, por lo menos aquellos que quieran justificarlas.

-No lo creo en nuestro caso concreto. El privilegio de esfuerzo que me capacita para hablarle, lógicamente me permite también reintegrar a mi conciencia algo de lo que fué su barniz humano. Le parecerá ridículo, quizás, pero en este instante soy un espíritu boliviano, y, como tal capaz de comprender, transitoriamente, algo de la vida ustedes. La guerra no será enseñanza, porque más fuerte que la voz interior que habla de flaquezas, de debilidades y de fallas, grita ahora la vanidad, al servicio interés, dando a cada hombre la arrogancia artificial su propio mérito. Además la guerra, para ser fecunda, si lo puede ser, debió afectar la verdad biológica de la nación. Sólo así se remueven los sedimentos interiores y en una convulsión de fecundidad brillan al sol los nuevos frutos. Lo que fué artificialmente incubado, solo flores de papel.

-Y esa dimensión en que existen ustedes, es absolutamente inconcebible para nosotros? No es posible encontrar nexos de comprensión? Quizá el Dolor, el Placer, el Amor...

-Existimos en la nada y somos parte de ella. Tenemos playas de crepúsculos astrales, en que discurrimos como dueños de este Verano absoluto sin Primavera ni Otoño. No existen el Dolor ni el Placer. Quizá por ello el nuestro es un Solo Dolor infinito.

-En cuanto al amor, algo recuerdo de él como vibración de nervios, como fuente y sentido de la Vida. Si hoy no vivimos, cómo puede existir el amor para nosotros? El amor es palpitación de materia en polos opuestos; y esos polos solo se concretan en carne viva. Todo lo que se dice del amor metafísico es una tergiversación destinada a encubrir lo que algunos hombres juzgan inferior: la realidad substancial de su materia, que, a veces, alcanza sutilizaciones tan delicadas, que bastan para hacerlas concebir como independientes de su raíz única y absoluta que es la carne. Cómo podríamos amar nosotros? Y para qué? El principio y el fin del amor no existen dentro de nuestra esencia. Y hoy que habla usted de esto, no puedo sentir otra emoción que aquella de mi adolescencia humana. El amor al amor mismo.

-Hay algo que en nuestro concepto –concepto humano- quiere ser la síntesis de aquellas conciencias individuales destruidas en la guerra, de las que antes hablaba usted. Un símbolo. Me refiero al Monumento Soldado Desconocido.

-Es el subterfugio del Símbolo, mintiendo la vital y substantiva de cada hombre. El subterfugio con que la moral y la estética humanas encubren ante sí mismas la destrucción de las personalidades realizada en aras de sus propias ficciones e intereses. Quizá sea para recuerdo de nuestras viudas, de nuestros huérfanos, las novias de Nadie, como un ancla de consuelo. Nosotros vagaremos en torno al monumento, como alrededor de nuestro propio fantasma. Del fantasma de los fantasmas.

DEL AMOR

un enamorado

ES un miserable rancho indígena formado por veinte casuchas que vistas desde lejos, del otro frente de la quebrada, semejan nidos en la falda de un cerro rojizo de trecho en trecho, ostenta la mancha risueña de minúsculo de un cebada minúsculo.

Por la tarde, al ponerse el sol, bajan las ovejas, de una en una por el angosto sendero, como puntos suspensivos que condensaran la remoción del paisaje.

Rondando el “rancho”, ya que nunca había tenido casa vivía el héroe de esta historia; los indios le llamaban “el zonzo Manuel”; era un pobre diablo que servía de distracción a los chiquillos del lugar, quienes se entretenían en hacerle bailar danzas inverosímiles, en las que el zonzo levantaba gravemente sus pies envueltos en grandes y mugrientos trapos.

Cuando por primera vez salió Manuel exhibiendo estas sus envolturas, las mujeres atormentaron por largo tiempo su imaginación: Unas creían que ocultaban llagas; otras, que probablemente al zonzo “le había dado el aire”.

Sin embargo, los trapos aquellos, eran despojos de una historia de amor. Cosa rara, naturalmente, pero no imposible, ya que no hay razón alguna que nos permita afirmar que solamente las flores marchitas, las prendas íntimas de la amada, o un rizo de sus cabellos, pudieran ser el recuerdo de una pasión.

“La María”, actualmente madre de seis o siete “yockallas” morenos, constantemente embadurnados de tierra, con los hociquillos húmedos y móviles, fué muchos años atrás la más linda y garbosa “imilla” del rancho verdadera fruta de tentación para los mozos del lugar.

Manuel era entonces un adolescente que llevaba fama de ser el sujeto más perezoso de la región, pues se pasa el día vagabundeando de un lado a otro, y la noche en medio del triple narcótico de su charango, la coca y el alcohol.

Quién sabe cuántas generaciones de pongos, de “mittanis”, de “cargadores”; cuántos injertos perniciosos y fatales, dieron al cabo este fruto tarado, mezcla de soñador, dipsómano y filósofo escéptico, que apenas si de vez en cuando se dignaba ayudar a los peones en las faenas del campo, a cambio de un poco de trigo o de cebada que luego vendía a cualquier precio para comprarse alimentos.

Los indios del rancho, robustos trabajadores, trataban a Manuel con profundo desprecio, del que la víctima parecía darse cuenta, como si viviera a mil leguas de la tierra.

Un día ocurrió aquello que me parece irremediable: Manuel se enamoró de “la María”. Yo no sé por qué existe en las atracciones humanas, esta falta de relación que lleva a las prostitutas (mujeres “débiles”) a enamorarse de los boxeadores; a los pobres, de las mujeres ricas; a los miserables, de las hembras más costosas.

Manuel buscaba a su amada, ansiosamente, en las trillas, en las siembras, y dondequiera que, la ebriedad o la preocupación de los demás, pudiera dejarle margen para dirigir siquiera un requiebro al objeto de sus tormentos, el cual no encontraba mejor manera de responder que arrojarle una piedra o decirle un insulto que Manuel recibía dichoso.

Con objeto de celebrar una fiesta religiosa, se habían reunido todos los indios de la región en casa del Corregidor, donde bebían y bailaban animadamente. Por cierto que "la María" era la pareja más codiciada por los mozalbetes que, con camisas nuevas y zapatos de color amarillo rabioso, constituían la flor y nata de la elegancia del lugar.

Manuel, con algunos muchachos demasiado jóvenes para intervenir en la fiesta, atisbaba el baile desde una puerta.

Una india le vió, y, con ánimo de divertirse, invitó a nuestro héroe a entrar en la casa.

-Manuco, entrá, no seas zonzo; vas a tomar una copita...

Manuel entró, y, sentado en un banquito, se dedicó a contemplar a "la María"; hasta se atrevió a decirle una lisonja. La mujer le miró fijamente. Manuel, confundido, bajó los ojos; luego se animó a levantarlos, y vió que "la María" con irónica sonrisa, examinaba detenidamente los descalzos pies de Manuel, que olímpicamente despreocupado como siempre, no se había cuidado de proveerse de los brillantes e insubstituíbles zapatos de las grandes solemnidades; exhibía en cambio sus dedos grotescos y retorcidos, a la luz de las velas que alumbraban la sala.

Manuel, desesperado, empezó a recoger los pies debajo del banquillo, sonriendo con el aire idiota peculiar a todos los hombres que atraviesan situaciones semejantes, (situaciones de amor).

"La María", dándose cuenta de que su intención había sido comprendida, soltó una carcajada, y sacudiendo al hombre por los cabellos, le gritó:

-Sinvergüenza. .. ocioso... cómprate zapatos siquiera pues...

Este episodio trágico, puso punto final a la campaña de Manuel, que no tuvo desde entonces otro deseo que el de ocultarse y beber más que nunca, como hubiera hecho cualquier protagonista de novela romántica; con la diferencia de que éste habría esperado que "la cruel" muriese de remordimiento, y Manuel no esperaba nada.

Las influencias desastrosas que pesaban en su cerebro el alcohol y la coca, y el fracaso de aquel amor momentáneamente alumbrara la lobreguez mental Manuel, acabaron por llevarlo hasta la condición de "zonzo" del lugar, apedreado por los niños y despreciado los mayores.

Sus pies constituían para él una torturante obsesión maniática. En las interminables horas de abstracción que pasaba como siguiendo en el aire el vuelo de una invisible y fatídica, maquinalmente abría con una seca dos agujeros en los que enterraba los pies, suspirando luego satisfecho.

La idiotez de Manuel se hizo plena. Cuando el hambre le obligaba a moverse, sacaba los pies de las tumbas previsionales en que los tenía enterrados, y se los envolvía en los grandes trapos que tanto preocuparon a las "imillas" del pueblo. Sin saber cómo, e incitado por voces y risas de los niños, aprendió a bailar con lentitud litúrgica.

Ante los hijos de "la María", ahora convertida en orgullosa madre de familia, Manuel extremaba sus habilidades cómicas, dichoso por el éxito que obtenía.

Una noche, después de una profunda meditación, se escurrió en el cuarto de un rico vecino, y le robó el par de zapatos de las fiestas, amarillos y retorcidos hasta lo inverosímil. Se fué al campo, y allí, con gesto triunfal quitó los trapos consabidos, calzándose luego los botines.

Se puso en pie, empezó a pasear majestuosamente, pisando cuanto matorral espinoso se le ponía delante. (Oh la posibilidad de pisar espinas sin lastimarse!... Y llegó a la orilla escarpada del río, donde se sentó como fatigado por la emoción.

Los zapatos le ajustaban terriblemente. Se los quitó, y uno, resbalando sobre las piedrecillas, cayó al río. Manuel quiso cogerlo fué deslizándose hasta un punto en que le fué imposible sostenerse. Sin un grito, cayó de cabeza al agua que se abrió dulcemente para borrando por un instante doscientas estrellas que reflejaban en ella su parpadeo.

Al día siguiente, los indios que recorrían la orilla de la quebrada, se encontraron con el espectáculo de dos pies monstruosos emergiendo del fango.

Todos reconocieron los pies del “zonzo Manuel”.

el olvido

fragmentos de un diario

No puedo reconstruir su imagen. Tengo apenas, la sensación epidérmica de su mirada azul, un poco vaga, o si estuviera perdida en un cielo lejano. Soy un ciego que no puede ver, pero que *siente* la mirada de los otros.

Es como amar una muerta, no poder recordar el rostro de la mujer que se ama. Quizá por eso tengo hoy una tristeza de Día de Difuntos.

Espero todavía su llamada. Todos los días me alucina la esperanza de esa voz que nunca llega. Mientras me visto, en la mañana, tengo súbitos ataques de nerviosismo; canto y digo palabras incoherentes; me avergüenzo si creo que alguien me ha observado.

Es este un gran amor? Quisiera saber lo que sentiría si ella me amase. La querría también, o desaparecido encanto de lo imposible, quedaría libre de esta obsesión?

He escrito la palabra "imposible". Recuerdo los días de mi adolescencia, cuando saturado de literatura decadente, soñaba con mujeres imposibles, con amores imposibles, con nostalgia, con distancia, con todas esas expresiones de negación vital que socavaron la dicha de mis diecisiete años, venenos venidos en los libros leídos en los libros leídos entre las espantosas limitaciones de nuestra vida mediocre descolorida, y el grito de la sensibilidad que despierta agujoneada por la literatura de otros mundos.

Me parece que ahora soy tan adolescente como entonces, porque otra vez siento, algunas noches, tan profunda amargura, tan honda sensación de impotencia, que quisiera gritar, con la boca apretada contra la almohada, y llorar no sé qué desesperaciones. Sé bien que esto no es tan solo amor; que mis nervios un poco tarados, vibran en afinidad con cosas ancestrales. Como la cristalería un comedor de cuento de brujas que de pronto resonara con el eco de voces muy tristes y profundas que nadie sino yo pudiese oír.

Me asalta el terror de la locura. Siento que mis pensamientos se desencadenan incontinentemente hilvanándose con una especie de lógica extraña y sutil que debe ser la lógica de la locura. Tengo en el cerebro una máquina, una pequeña máquina que gira sin cesar, con ritmo infatigable, y que de pronto escapa en vertiginosa velocidad, como el mecanismo de un reloj cuyo regulador saltara destrozado.

Y ella? Y el amor? Hace muchos días que no recuerdo cómo es ella. Anoche, de pronto, ví con maravillosa claridad el gesto de sus labios entreabiertos; ese, gesto parece ofrecer un beso en el cáliz del labio inferior ligeramente caído, como con desaliento. Es un beso amargo, casi trágico. Así debió ser el beso de la boca de San Juan, ofrecido a la sensualidad necrófila de Salomé, en una bandeja enrojecida de sangre.

Comprendo que divago lamentablemente; que mi pobre atención se escapa de los libros, y queda clavada sobre un punto en que se vá perdiendo hasta esfumarse. No un hombre cuerdo; si hay hombres que enloquecieron por mucho amar, quizá amo así porque ya estoy loco.

Con extraña vehemencia sostuve que, sin limitación posible es primordial e inalienable el derecho a la felicidad.

Es que, en el fondo, he pensado muchas veces por qué soy dichoso. Por qué la vida me niega esta pequeña aventura tan simple, tan fácil de lograr. Me contentaría con tan poco... unas palabras, o quizá ni eso. Sencillamente, reclinar mi cabeza en su regazo y permanecer así, hasta que su calor me inundara desentumeciendo esta angustia que ya me duele en el alma, como las manos cuando están ateridas de frío.

Estoy resentido con la vida. Ya en mi adolescencia amé desesperadamente, porque en mí mismo sentía la corrosiva impotencia de lograr mi anhelo; me parecía gigantesco, desmedido. Y, en las noches, de cara contra el sueño, mordía un odio infinito, una amargura convulsa contra todo y contra todos.

Es extraña esta sensación de resentimiento con la vida; igual deben sentirla los jorobados o los enfermos incurables. Y luego, la necesidad orgánica del consuelo; de un consuelo que quisiera pedírselo a todas las mujeres que encuentro dichosas en la calle, como si todas me debieran una compensación. He intentado la confidencia; uno tras otro, he ensayado a mis amigos, empezando a decirles aquello que ni siquiera puedo explicar bien. Me escuchan con aire de comprenderme, dicen frases amables, o detienen mi queja con razonamientos serenos y enérgicos. No es esto lo que necesito. Es que no me dejo comprender; hablo un idioma que resulta indescifrable para los demás, tan dueños de su destino y de su dicha, que es para ellos inverosímil mi tristeza. Ya sé que soy un anormal, que mi ritmo y mi tono espirituales no tienen encadenamiento posible con el espíritu de las gentes que me rodean, de la que me siento ausente, como si nos separaran y años de un camino en el que nadie quiere volver un paso atrás.

El día que leí aquello de que el amor es más que nada una vital necesidad de consuelo, descifré mi historia sentimental, porque comprendí que siempre había buscado las mujeres que cruzaron mi camino, ese inefable amparo. Tengo la carne triste. Es por eso que, para mí, el consuelo no se dice con palabras. Es algo que vá piel a piel, de carne a carne.

Ya no quisiera ni una sola palabra; solamente reclinar la cabeza en su regazo. No decirle nada, pero besarla hondamente, con tan infinita súplica, que toda su vida descendiera como un anestésico para esta sensibilidad tetánica que ha desnudado la médula de mi alma, y la tiene estremecida de dolor al solo roce del viento.

Estoy frente al absurdo de preguntarme por qué la quiero. He desmenuzado su figura, analizándola sin piedad. Cuando ya estaba reducida a escombros, con su desnudez anatómica a la luz, la he querido aún más que antes.

La quiero integralmente; lo que me condena sin remedio es que toda ella es como un halago para mi sensibilidad. Me gusta cuando calla, cuando ríe, cuando besa, cuando, como ahora, está perdida para mí.

Llevé mi alma inerme a su presencia. Comprendo, demasiado tarde, que me entregué indefenso; tenía tal prisa, tan terrible apremio de dicha, que olvidé mis defensas.

Fuí a su encuentro, sin otra técnica que la ingenua esperanza de la víctima, y más arma que mi ternura. Defraudé, sin duda, su instinto; el instinto de la hembra que reclama la técnica de la seducción, hecha de un poco de dureza, de atracciones y rechazos sistemáticos, de pequeñas crueldades impositivas: el espectáculo campestre de los potros que escarcean el deseo de las hembras, mordiéndolas, huyendo en galopes indiferentes, coceando rivales, y saltando, finalmente, con ímpetu salvaje y triunfal sobre la presa palpitante.

Qué diferente es todo esto del ademán indefenso con que yo salí a su encuentro, en ese “recodo aciago” del camino. Mi sensibilidad enfermiza era impotente para los galopes, las coces y los mordiscos. Fué, más bien, como un niño triste que busca refugio; que ignora la técnica del amor, porque de él tan sólo espera el arrullo y el beso que descienden sobre la carne, como las mantas tibias y perfumadas de las cunas.

Sí, defraudé su instinto; pedí ternura, cuando ella esperaba ser conquistada, dominada, poseída. Mi vida tiene un motor ineficaz para los abruptos caminos de la lucha; querría aquellos senderos de suave gradiente en que es posible dejarse ir en dulce somnolencia, aunque al final aceche, una sola vez y para siempre, lo absoluto.

Sé bien que los hombres como yo, no debieran existir; que es ridículo pasear esta miseria por las calles en que transita una humanidad brutal y enloquecida de ambición y de poder. Cada esquina es un choque lacerante, y en los escaparates de lujo, ya no hay juguetes para los hombres que viven una infancia indefinida.

Vértigo de velocidad, gritos estridentes; ritmo enajenado de hombres que atropellan para no ser atropellados; y el paso cauteloso de las mujeres que ondulan su acción serpenteando una estela de deseo por entre hombres apresurados y fuertes, que las toman al vuelo, las estrujan, las poseen y las dejan más allá, sin detener el paso. En todas las esquinas, junto a un poste, queda algún transeúnte rezagado, frente a cuyas pupilas desfila toda la caravana enloquecida, que se lleva alguna visión fugaz y adorable. Al cerrar la noche, emprende nuevamente su camino, pero cada día pierde mil kilómetros de distancia irrecobable.

Mi inquietud gira en torno del teléfono, como una mariposa que aguardara la llamada sonora de su voz, para quemar en ella las alas de la espera.

El teléfono ya toma, para mí, apariencia humana. Sabe que le miro obstinadamente, todo el día, y que cuando vibra su campanilla todo yo me sacudo hasta el dolor.

De intento, no respondo cuando llaman, pero quedo en suspenso aún que de antemano ya sé que no es ella. Me torturo así pudiendo cortar definitivamente el hilo. Me aferro a la esperanza, como sí, para no caer, hubiese apretado mis manos sobre un montón de espinas. Así, la esperanza, me duele también, sumando tal cantidad de agujones, que en veces mi pobre razón, tan débil, quisiera huir despavorida dejándome un hueco siniestro donde resuenan constantemente las campanillas de mil teléfonos florecidos de voces de mujeres.

Cada día que pasa, me siento más alejado de ella. El recuerdo se distiende como una cuerda cuya vibración es más sutil; pronto se romperá, quizá imperceptiblemente y entonces será el olvido. Quisiera tranquilizarme con esta esperanza, pero mi dolor es demasiado actual, demasiado presente. Mañana, o dentro de un año, no será nada ya, sin duda, y creeré haber soñado, y amaré no más que “la sombra de su amor distante”. Más entretanto, hay en mí una angustia cuya realidad se hace tangible a cada minuto.

Sus ojos se oscurecen a medida que pasa el tiempo. Fueron luminosamente azules cuando los tenía frente a los míos, a flor de caricia, legibles en su menuda caligrafía de finísimos signos entrecruzados como la trama de pétalo. La ausencia los fué oscureciendo; tuvieron tono violeta y hoy son casi negros. Apenas puedo distinguirlos en la sombra de mi propio pensamiento.

Me estremece todavía la idea de aquel labio inferior ligeramente caído, como destilando la posibilidad constante de un beso rojo y húmedo. Y es indudable que besará a los demás como me

besaba a mí. Es sinceramente apasionada en cada caso, en cada beso, con cada hombre. Acaso podría reprochárselo? En nombre de qué? Pero tan hondamente infiltrada su carne en la mía, tan saturado mi recuerdo de su sabor, que sentirme vivir, sentirme a mí mismo, es sentirla a ella en mi propia evidencia de existir.

La cuerda se adelgaza; es apenas un hilo de araña. Su sonido tiene consonancia con lo más íntimo de mis nervios. Sobre este hilo sutil vibra el recuerdo, algunas como el chirrido de un grillo lejano, agudo, persistente; un grillo que compusiera algún paisaje lunar hecho con líneas filas, cortantes. Las raíces de mi vida bebiendo gota a gota la savia de este recuerdo a punto de agotarse.

Hoy, el teléfono se encendió como un fuego pirotécnico; se encendió con su voz. Me habló largamente, con palabras que llegaban a mi oído fatigadas por la distancia, tendiendo un puente colgante desde el otro lado de este abismo abierto con profundidad inacabable.

Ya no sé lo que me dijo, porque tan solo me absorbía en la música de la voz, vacía, sin palabras, y cuyo único sentido era la evocación.

Ella estaba en mí, presente por su ausencia; hoy ha llegado y es como si hubiese huído para siempre. Su recuerdo era ya silencio, y este silencio roto es agua enturbiada que oscurece mi memoria. Era esa su voz? Era esa la voz que esperaba, la voz que estaba amando, la voz que ya era mía, que sólo yo conocía?

Amaba de ella el recuerdo y amaba mi propia ilusión. Hoy el recuerdo ya no es recuerdo y tampoco tengo ilusión que guardar, porque Ella ha vuelto y no es la que yo esperaba.

Hoy, su voz, inexorablemente, me ha traído el olvido, y estoy para siempre solo.

la huida

DESPERTABA intermitentemente, para dejar resbalar sus ojos por las paredes blancas de la habitación; paredes en que la mirada fatigada, no encontraba donde asirse y bajaba desde el techo hasta el suelo, deslizándose como un líquido espeso y turbio.

Imploraba silenciosamente al médico, sintiendo una sorda necesidad de explicarle por qué quería salvar su vida; este apremio de ilusión, que palpitando en su vientre, hacía aferrarse a la luz.

Otras veces, la asaltaba el impulso de gritar; pero qué diría?; y, desde adentro, surgía la idea de que aquellas terribles explosiones que durante años fueran su lenguaje favorito, ya no podrían producirse; que todo tenía que ser de otra manera.

“No es difícil ser buena” - se decía a sí misma, ignorando en realidad qué es esto de ser bueno. Pero quería prometer a alguien, quizá a su marido, cosas inexplicablemente tiernas.

Como sería él? Se lo imaginaba balbuceando “mamá”, atónito ante su descubrimiento del universo; preguntando por qué los loros son verdes, o por que las gallinas no tienen cuatro patas; caminando sus primeros pasos torpes.

Lo sentía agitarse en sus entrañas con una especie de urgencia. Y lloraba, y preguntaba al médico por qué todo no podría desarrollarse normalmente. El doctor inventaba complicadas explicaciones que ella no entendía, pero que escuchaba absorta.

Transcurría el tiempo, agudizando los sufrimientos. El parecía plantear perentorias exigencias estrujando las entrañas de su madre, que ni siquiera quería quejarse ya, como ofreciendo un primer sacrificio propiciatorio.

Su marido la consolaba con promesas; ella no escuchaba, concentradas todas las potencias de su ser en la espera del milagro. Empezaba a conocer la tortura de la esperanza, la disconformidad entre lo que es y lo que puede ser.

Hasta hoy, no había deseado vehementemente nada que no tuviera al fácil alcance de sus mediocres posibilidades. La venta de su alma y de su carne le garantizaba el logro de sus apetitos descoloridos, sin trascendencia.

Cuántas veces, en la soledad de su habitación de sanatorio, repasó los episodios del pasado que hoy, frente al impulso de la nueva potencia germinante en sus entrañas, revivía como un encadenamiento de hechos grises, desde la infancia sin ternura, hasta este instante que era como la salida de un ámbito oscuro a la luz deslumbradora.

Ella no tenía del Bien ninguna idea, pero instintivamente sentía que su hijo, como un nuevo redentor hecho carne, estaba descendiendo a la vida para señalarle el camino en esta encrucijada definitiva.

Le pesaba tanto la férrea y sucia disciplina del Asilo en que había sido internada, que, sin el menor sentido romántica, ignorando todas las aventuras de colegialas que huyen por amor, cedió a la tentación del chofer-cartero que llegaba todas las semanas trayendo un gran paquete de correspondencia, que era distribuida como un puñado de alpiste en la jaula bulliciosa del establecimiento.

Fugó con él, por el simple impulso de libertad bullente en su sangre de chiquilla callejera acostumbrada al pelearse con los muchachos mientras recogía agua en la fuente de la plaza principal de su pueblo.

Vivió algunos meses, acostumbándose paulatinamente al maridaje brutal del hombre que venía borracho y la pegaba sin motivo, hasta que, un día, le trajeron la noticia de que él había muerto en un accidente, hundido en su pecho el volante al que aferraba sus manos ennegrecidas y callosas.

Hizo, a medias, su papel de viuda inconsolable; de las borracheras del velorio, empapadas en lágrimas un tanto convencionales y otro tanto alcohólicas, salió a encontrarse con el asedio del otro. Resistió lo que pueden resistir las mujeres que tienen del pudor una vaga idea en que se mezclan confusas enseñanzas religiosas y la actitud defensiva complementaria del instinto. Luego se entregó, también sin amor, adquiriendo la peligrosa certidumbre de tener en su carne el recurso fácil y natural para la vida.

Abandonada por el segundo amante, se deslizó inconscientemente por las tentaciones inherentes a su juventud provocativa y espontáneamente impúdica, hasta encontrarse una noche, estrafalariamente vestida con un “traje de baile”, sentada en los sillones tapizados de rojo, de un salón adornado con figuras obscenas y grandes espejos deslucidos.

Una orquesta ruidosa y desafinada dejaba escuchar -cuando dejaba - la melodía de un tango ramplón cuya letra era la letrilla eterna del café, la “percanta” y el “malevo”. Bebió, invitada por los primeros “clientes”, derramó, allí mismo sobre la alfombra ajada y manchosa sus amargas lágrimas de novicia. Las demás mujeres festejaron con roncos gritos la sentimental iniciación. Bebió mucho más, hasta sentir que todo el ambiente se desfiguraba en una monstruosa alteración de perspectivas y colores, que le trajeron al recuerdo aquellas imágenes del infierno que oyera describir en las clases de religión del internado. Un hombre la consolaba con frases entrecortadas, echándole el aliento caldeado y saturado de alcohol sobre el hombro desnudo. Y al día siguiente, el malestar de la embriaguez que parecía materializarse en la figura de un desconocido que dormía con grandes ronquidos a su lado.

A través de cien noches más, llenas del episodio constante y lamentable, empezó a despertar del vértigo del primer tiempo, para irse concentrando en una especie de equilibrio gradual, dentro del nuevo ambiente; conoció el postrer consuelo de escoger, por lo menos, al hombre la gustara, para luego avergonzarse de sí misma en recónditas y fugaces llamaradas del pudor agonizante.

Su carne recorrió la experiencia completa de la fauna masculina; oyó la súplica semialcoholizada del estudiante primerizo que lloraba en su regazo, preguntándole:

-Y por qué viniste aquí?

-Pss, por necesidad, para comer...

-Y, te gusta esta vida? No quisieras, alguna vez, salir de ella y ser de nuevo una mujer honrada?

-Claro que quisiera, pero es tan difícil...

-Dime que quieres regenerarte, y te juro que te ayudaré.

Ella juraba, sintiendo muchas veces la mordedura insidiosa de una esperanza lejana. El adolescente sonreía gozoso en el orgullo redentor de su masculinidad incipiente, y bebía en los labios de ella la caricia sabia que le hacía cruzar del mundo de la ternura maternal, a este otro, amargamente dulce, de la vida integral del hombre. Luego no volvía, por mucho tiempo, olvidado de su filantrópico propósito.

Alguna misteriosa influencia ancestral convirtió pronto a Elena en la heroína de su ambiente. Cada hombre que cruzó una hora de sus noches, fué para ella como un maestro de todas las pequeñas cosas que luego repetía con graciosa vacilación de colegiala que dice memoria aquello que aún no comprende. Así adquirió, con maravillosa adaptabilidad, la gracia, la seducción que da a las pecadoras todo su poder sobre los hombres.

Muy hondo habríase tenido que escudriñar para encontrar en la mujer de hoy el recuerdo de aquella chiquilla, desarrapada y sucia, que un día cruzara llorando los umbrales del “Buen Pastor”, cogida de la mano de su tía gorda y resoplante que hizo las recomendaciones rituales a la Madre Superiora.

Al fin, por primera vez, sintió el influjo dominador de un hombre; por primera vez, también, el amor no fue para ella el hecho mecánico de sentirse acariciada – un tanto incomprensiblemente - y cobrar dinero. Su sangre, que parecía correr por un curso totalmente apartado de esta operación cotidiana, se encendió, de pronto, y le dió el sentido de todo aquello que antes había transcurrido para ella, como una suma de hechos a medias grotescos y lucrativos.

Se enamoró desesperadamente. Él era un “gigoló” cualquiera que la maltrataba sin misericordia. Elena creyó, por algún tiempo, que esto formaba parte inevitable del amor, y se resignó con la dulzura blanda y agradecida de su primera pasión. Pagaba, con el dolor de su cuerpo tundido a golpes y explotado despiadadamente, inefable sensación de querer y sentirse querida.

Así fué sumándose la más contradictoria acumulación de elementos para formar su concepto del amor, que acabó por sintetizarse en las sensaciones sucesivas y encadenadas del dolor y del placer. Amó como saben amar estas mujeres que no conocen el orgullo ni la esperanza.

El episodio tuvo su epílogo inevitable: la tentativa de suicidio. Es talvez la connaturalización con el espasmo amoroso, la que da a las cortesanas su peculiar facilidad para pensar en la muerte, ese otro espasmo absoluto en la batalla amorosa que es la vida: amor a la vida misma y amor al amor.

La salvaron del envenenamiento y despertó a un mundo hostil y frío, como congelado por su momentáneo contacto con la Nada. En medio de un sonambulismo poblado de extrañas sensaciones, un hombre la tomó bajo el amparo de su protección y se casó con ella. La llevó lejos, a una ciudad arrullada por el rumor monótono del mar, donde estaba a punto de concluir su vida una clínica de maternidad.

Con los ojos desmesuradamente abiertos, absorta de terror, contempló el cielo-raso de la clínica segundos antes de que le pusieran la máscara de cloroformo. Apretó convulsivamente las manos contra borde de la mesa, y experimentó el vértigo de la embriaguez que le trajo el recuerdo de aquella primera noche, en que un hombre jadeaba sobre su hombro desnudo. Frases incoherentes, gritos roncós, números dichos al revés. Y luego nada, el vacío.

El niño nació muerto y mató a su madre. Hechas para el amor frenético, para el placer estéril, sus entrañas se negaron con un grito definitivo a sufrir la tibieza dolorida de la maternidad.

Inexorablemente rescatada por su propio destino, Elena murió en el último día de su vida de cortesana, al atravesar el umbral de la huida.

el hogar de mi maestro

A COSTUMBRADO a pensar que los matemáticos son sujetos excéntricos, propensos a olvidar sus paraguas en todas partes y llenos de curiosas manías, me decepcionó un tanto la apariencia excesivamente normal de mi profesor, cuando éste llegó por primera vez a casa; su mismo nombre, Pedro López, era demasiado vulgar para la ilusión con que yo había esperado a este portento de las ciencias exactas que mis padres me señalaron como maestro.

Hoy reconozco que solo mi imaginación escasa, de muchacho aplicado a sus estudios y terriblemente ignorante de las cosas de la vida, pudo permitirme el engaño momentáneo de que fui víctima. Esperando un sabio melencólico y lleno de extravagancias demasiado vulgares, como para chistes de almanaque ilustrado, no ví, desde el primer momento, las extrañas modalidades temperamentales escondidas debajo de la apariencia de buen contador o farmacéutico de don Pedro.

Las primeras clases transcurrieron en un ambiente estrictamente pedagógico. Mi pasión por las matemáticas tenía un viso extraño; recuerdo cómo leí alguna divulgación de la teoría Einsteiniana, sin comprender nada, naturalmente, pero con una especie de íntimo deleite ante las tremendas especulaciones sobre el infinito; en cambio, qué poca aptitud la mía para dar los primeros pasos; para hundirme en las menudas sutilezas creadas alrededor de los ángulos, de los triángulos y los poliedros.

Mi maestro, por fortuna, era paciente: repetía un poco mecánicamente sus enseñanzas, cuantas veces mi tardía comprensión lo requiriese; no tenía gran imaginación, pero sí, y quizás por lo mismo que no era demasiado sabio, una notable facilidad para objetivizar las cosas; para crear la apariencia visible, palpable, de sus ideas; daba ejemplos con rapidez y exactitud.

Pronto, el ambiente se hizo más cordial entre nosotros; después de la lección conversábamos brevemente; le contaba yo mis aspiraciones, mis proyectos que él escuchaba sonriendo con benevolencia que me parecía tanto compasiva; aquella su sonrisa, empezó revelármese en don Pedro la convicción de sentirse poseedor de la clave de todo lo humano, que él contemplaba desde lo alto de una profunda suficiencia sapiente; pero la sonrisa era al mismo tiempo tímida y triste.

Una tarde, habiéndose prolongado nuestra charla más que de ordinario, me lamentaba de haber nacido en este mezquino ambiente pueblerino, en que las ilusiones revolotean inútilmente, golpeándose contra las limitaciones del medio, como aves alocadas en una jaula pequeña y sucia.

Mi maestro demostró una absoluta disconformidad con mi admiración por el horizonte abierto del mundo, por el clima intelectual de las grandes capitales, por los sabios maestros a quienes es posible escuchar en vez de leer sus libros. "Aquí también pueden florecer extraordinarios talentos -me dijo-. Y el ambiente es lo que menos importa. Por el contrario, es en estas atmósferas cerradas donde mejor se concentran las ideas, robusteciendo la capacidad individual". El tono en que me dijo estas frases, me hizo pensar que él se sentía uno de tantos talentos concentrados, robustecidos por la incompreensión. Mi sospecha se confirmó, cuando don Pedro me el relato de su viaje a París, realizado muchos años atrás. Con admirable aplomo, afirmó que sus conocimientos habían causado sensación en los círculos científicos de la urbe; concluyó diciendo que si no accedió a los numerosos pedidos que le hicieron para quedarse allí, fue exclusivamente, por volver al seno de su hogar - "desde donde me llamaba mi mujer" - concluyó. Y fué ésta la primera noticia que tuve de ser casado mi maestro. Cuando le hablé de ello, pareció incomodarse ligeramente.

-Sí, soy casado - dijo -. Ya un día te llevaré a casa. Somos muy pobres, pero creo que no nos criticarás. Sabes que que nunca la ciencia ha sido un foso de atracción para la riqueza.

Hice las protestas del caso, y me quedé pensando cómo sería el hogar de don Pedro, cuando este se despidió de mí, con aquella sonrisa vacilante que acabaría por ser, para mí, la más neta expresión de su temperamento.

Al fin, un día fuí a casa de don Pedro; me invitó a almorzar. Nos sentamos a la mesa él, su mujer y una hija de seis u ocho años.

La señora lucía un atavío visiblemente desusado; un traje que sin duda se ponía después de bastantes años; creo que le ceñía demasiado el talle, y las mangas le estorbaban el movimiento de los brazos. Por qué algunas veces ciertos rostros parecen demasiado bien lavados?

Don Pedro hacía gala de buen humor y de modales también un tanto forzados. Me censuré, mentalmente, mi propensión a criticarlo todo, y a ver cosas raras hasta en lo más mínimos detalles. No era natural, después de todo, que el traje de la señora fuera un tanto estrecho hay que pensar que seguramente no se renovaba el vestuario en aquella casa con excesiva frecuencia -; y no era tampoco lógico que mi maestro quisiera derrochar atenciones en mi honor? Al fin y al cabo era yo su alumno predilecto...

Advertí que cuando don Pedro se dirigió a su mujer, dos o tres veces, pidiendo confirmación para sus frases, ella le respondió un tanto precipitadamente como demostrando su deseo de agradarle. Cuando sobrevenía algún entorpecimiento en el servicio, mi maestro me miraba, con su eterna sonrisa, posiblemente pidiéndome piedad para su mísera consorte; y la sonrisa se agriaba, al final, hasta el punto en que, para un observador prevenido, podría convertirse en sutil gesto de odio dirigido hacia su mujer.

-La ciencia abre el camino del consuelo para la angustia humana - me decía, mientras ella adoptaba una actitud de religioso recogimiento- porque nos permite reposar el espíritu sobre verdades provisionales, ascendentes; como los peldaños de una escalera, mientras subimos en pos de la verdad suprema; el arte, es en cambio el desconsuelo esencial, nutrido de desconsuelos, de inquietudes secundarias, permanentes; y cuando el arte ha dejado de ser ésto, es que ha dejado de ser tal para reducirse a la sola técnica. Por eso el arte tiene que ser humano, substancialmente unido a la angustia primaria de la vida; casi me atrevería a decir que como un bello comentario permanente de aquella. La ciencia vive por sí misma; en nada pudieron afectar ni a la verdad ni al procedimiento de su teorema, la dicha o el dolor de Pitágoras; y algo más, la función cósmica de su exactitud existía antes del hombre y perdurará después de él; en cambio la belleza, el arte del paisaje pretendidamente deshumanizado que nos escribe Debussy, son tales porque el hombre Debussy, los sintió así, y otro hombre podría sentirlos de otra manera y serían diferentes. Qué hace el artista que se imagina realizar un arte deshumanizado? Tan solo privarse de mezclar su emotividad a la belleza que interpreta, pero traduciéndola irremisiblemente, fatalmente, a través de aquella. Y ahora, - concluyó su disertación - voy a leerte algo muy bello sobre éstas cosas. Salió del comedor, en que quedamos su mujer y yo.

-Tiene mucho talento- dije, por decir algo.

Ella me miró con una mirada febril, súbitamente desatadas las ligaduras del control; no olvidaré nunca la impresión de aquel rostro instantáneamente desfigurado por la angustia y por el rencor.

Tiene mucho talento, - dijo hablando rápidamente, triturando las sílabas entre los dientes - sí, tiene mucho talento - me tomó el brazo con fuerza extraordinaria - pero es un malvado. Fíjese en su cabeza de Einstein, pero es un malvado, me odia...

No pudo decir más; maestro regresó trayendo libro; ella había recobrado ya su postura forzada de serenidad y respeto; me quedé mirándola, pero fué imposible encontrar en su rostro ni el más leve vestigio de la instantánea tormenta pasada.

Mi maestro leyó durante un largo rato; yo no entendí nada; hoy mismo me sería imposible decir de qué trataba el “bello párrafo” que don Pedro comentó después de leer, hasta el instante en que, simulando tener mucha prisa, salí de su casa.

Desde la próxima lección, la atmósfera se hizo vagamente tensa; creo que él mismo lo advirtió. Ya era imposible para mí, olvidar aquellos ojos de su mujer, la expresión extraviada de su rostro; las huellas de sus dedos en mi brazo. Mi maestro se esforzaba por ser ameno y cordial, dándome la sensación de tratarme como a un amigo más que como a discípulo.

Un día repasaba mis lecciones en casa, cuando me anunciaron que una señora me buscaba; ante la sorpresa de que no la hubiesen hecho pasar a las habitaciones, se me dijo que insistió en esperarme en la puerta de calle. Salí, y me encontré con la mujer de don Pedro. Instantáneamente se advertía en su indumentaria, la poca costumbre de usarla fuera del hogar; sus ademanes y actitudes, eran los mismos de aquel instante en que - los estoy viendo todavía - me dijo... “es un malvado, me odia...”

Habló con terrible incoherencia, mirando a uno y otro lado de la calle; se negó a entrar en mi casa, y tampoco aceptó que la acompañara a la suya; convinimos en que la buscaría después, porque tenía algo que en contarme algo que pedirme; juré que nada diría, a nadie, esta entrevista.

Si mi imaginación rodeó estos hechos de tremendas apariencias novelescas, cuando por la noche llegué a casa de don Pedro, la escena, revistió caracteres realmente dramáticos. En efecto, la señora me recibió dando tales muestras de terror, temblándole las manos y cerrando las puertas con tanto sobresalto, que me encontraba asustado.

Nos sentamos, frente a frente, separados por la mesa del comedor; le veía aquellos ojos febriles, brillando con los reflejos de una lámpara de kerosene; no había luz eléctrica, y los ángulos de la habitación se perdían entre sombras movibles.

-Ud. tiene que perdonarme que le hubiese llamado: no tengo ningún amigo, y desde aquel día en que vino a almorzar, me inspiró confianza. No sé siquiera cómo hablarle; quisiera que me comprenda, que tenga lástima de mí, soy muy desgraciada, concluyó llorando-.

-Señora, tenga confianza en mí, si algo puedo...

-Yo lo quería con toda mi alma; desde que nos casarnos no hice otra cosa que servirlo, que consagrarme a él, renunciando a todo... No he tenido juventud, no sé lo que es la vida fuera de las puertas de mi casa. Algunos días voy muy temprano al mercado, casi al amanecer, junto con las cocineras. Nunca salgo a ninguna otra parte. Al principio deseaba ir a pasear, hablar con alguien; después me acostumbre a ésto, y ahora no soy sinó una sirvienta., vea mis manos...

Me mostró unas manos gruesas, rudas, con los dedos ennegrecidos, las uñas sucias... Yo no supe qué decirle.

-Muchas veces no tenemos que comer mi hija y yo. Pedro se va a la calle. Él tiene amigos, lo quieren, no le falta nada. Lo quieren por su talento. Sabe? es muy inteligente, es un sabio y era bueno; pero ya me odia. Cuando viene borracho, me pega, me maltrata sin piedad. Sobre todo ahora, ahora estoy convencida de que me odian...

-Señora le ruego tranquilizarse; no creo que las cosas sean así; quizá no es sinó una aprensión suyas... está Ud. nerviosa, tenga calma.

-No, no, estoy segura, - me respondió y luego apretándome una mano, dijo con tono desgarrador de voz - está enamorado - y se echó a llorar convulsivamente. "Está enamorado, está enamorado" - repetía entre sollozos.

Al fin logré serenarla un tanto, y me contó que limpiando un traje de su marido, había encontrado en un bolsillo una fotografía. "Ella se llama Luisa" -concluyó.

Pero era posible? Inmediatamente se presentó en mi imaginación la figura de aquella muchacha, casi millonaria, una "snob" de quien me contaron que estudiaba matemáticas. Sí, ahora recuerdo que alguien me dijo que era discípula de mi maestro.

-Y lo que quiero pedirle- decía entre tanto la infeliz mujer- es que averigüe, que se convenza, que me diga sí esto es cierto.....

-Sí señora, averiguaré, se lo prometo.

-Y me dirá la verdad?

-Sí, le diré todo lo que sepa.

-Gracias, gracias, se lo agradezco con toda mi alma. Dios le pagará su bondad. Y ahora váyase. Él puede llegar de un momento a otro. Me mataría si supiese lo que he hecho, llamándole. Júreme por su madre que nada le dirá.

-Se lo juro, señora.

Salí a la calle, en medio de las mismas precauciones adoptadas cuando entraba. Tenía un terrible aturdimiento. Inútilmente trataba de elaborar un plan para cumplir mi promesa. No pude dormir hasta la madrugada, pensando en lo que acaba de ocurrirme. Me era imposible conciliar la figura de aquel personaje sombrío, lleno egoísmo, de crueldad, con la idea que tenía formada mi maestro: un hombre sin complicaciones, especie buen burgués con cierta suficiencia relegada en su sonrisa. Oh aquella sonrisa! recién empecé a comprender todo su significado.

Decidí, después de inacabables meditaciones, sondear previamente el ánimo de don Pedro, al día siguiente después de clases, respecto de la muchacha en cuestión. Y luego buscaría el mejor camino para ahondar más mis investigaciones.

Durante la clase, no pude comprender nada; don Pedro lo advirtió y benévolamente me dijo:

-Estás distraído hoy; creo que nada adelantaremos; no siempre se está apto para aprender.

-Sí, profesor, muchas gracias, prefiero que dejemos pendiente la lección para otro día -respondí, añadiendo a continuación- ahora charlemos un poco; cuénteme qué otros alumnos tiene y cuál es el más aventajado. Ah, adopte un tono totalmente indiferente - es cierto que Luisa X aprende matemáticas con Ud?

Oh, pobre profesor de matemáticas tímido como un adolescente que se hubiese mantenido en los 18 años, allá en el mundo abstracto de las concepciones puramente intelectuales; sin descender a tomar contacto con la realidad de la vida que no tiene exactitudes previstas ni hipótesis calculadas sobre la mecánica infinita de la carne y del espíritu. Se ruborizó en forma tan visible, que ya no pudo quedarme duda alguna.

-Si – respondió - es mi alumna; mejor dicho era mi alumna. Se casa después de un mes, y mañana le daré mi última lección.

-He ahí un fin al que podía preverse - dije riendo un poco forzosamente - La buena burguesita que hizo la "pose" de estudiar matemáticas, mientras le llegaba el novio...

-No, nada de eso - respondió don Pedro hablando con tan perceptible amargura, que me conmovió -. Tiene un talento extraordinario, y pudo alcanzar las matemáticas superiores. Su familia la obliga a casarse, por conveniencias sociales.

Yo decidí tirarme a fondo. Fingiendo otra vez hablar en broma le dije:

-Lástima que Ud. ya fuese casado, profesor. Habrían podido hacer una pareja ideal...- Instantáneamente me arrepentí de lo dicho; don Pedro quiso sonreír con aquella sonrisa que quizá era lo único que le quedaba en la vida: un poco de optimismo casi infantil mezclado de timidez. Pero la sonrisa se disfiguró, se hizo un gesto indescriptiblemente triste, mientras decía:

-Sí, quizás habríamos hecho una pareja ideal. Nuestras comunes aspiraciones, nuestra inquietud paralela... Pero ya lo sabes, tú, estudiante de geometría: las líneas paralelas no se juntan jamás. Muchas veces he pensado si como nosotros renegamos de nuestro destino humano, lleno de dolorosas renunciaciones, las líneas paralelas no renegarán del sino geométrico que inexorablemente las condena a no encontrarse nunca. Cuántas veces no querrán torcer su propia fatalidad para cruzarse y concluir su trayectoria en un vértice definitivo y dulce, pero imposible. Las líneas paralelas contienen el sentido geométrico de la renunciación.

Mientras decía esto, se había puesto en pie. Tenía hundidas las mejillas. Su sonrisa, estereotipada, era una pobre sonrisa arrugada, un simple gesto amargo; mientras salía dijo todavía; "Las paralelas no se juntan nunca, nunca..."

Al día siguiente quedaron confirmadas todas mis suposiciones preliminares, cuando pregunté a un amigo conocedor de estas cosas, por Luisa X.

-Ah, la musa de nuestro Einstein local?- me dijo.

-Pero qué hay de cierto en esto?

-Pues que la niña para no aburrirse, mientras llegaba el novio que le habían designado sus amantísimos progenitores, se entretenía en divagaciones matemáticas con don Pedro, su maestro; el cual no tuvo inconveniente en creer que ella lo amaba (como si fuese posible amar a un profesor de matemáticas); hasta que se produjo lo que era de prever. Llegó el príncipe azul, y don Pedro tuvo que suspender las lecciones que tan gratas iban resultándole; y ahora, el pobre hombre anda dado a cribas, sintiéndose víctima de un engaño espantoso. Creo que ha adoptado el viejo recurso de ahogar sus penas en alcohol. Lo que sería explicable tratándose de un poeta bohemio -concluyó mi amigo- pero no de una persona decente como debe ser quien se dedica a los teoremas.

Recompuse, el drama tristemente ridículo de mi pobre maestro. Se creía amado por la discípula coqueta, irresponsable del daño que causaba; aún no se le ocurrió, seguramente, hasta la tarde de nuestra última clase, aquella consoladora teoría de las líneas paralelas. Y ahora me resultaba también comprensible el porqué de la hostilidad cruel, despiadada para con su mujer. El contraste debía ser tremendo. Lo único que olvidaba mi maestro (los sabios tienen distracciones inevitables) es que su mujer había quedado en aquella miserable situación, fea, gastada, sucia y maniática, por amarle, por ser como ella dijo, "su sirvienta".

Dos días más tarde, calculando la menor probabilidad de encontrar en casa a don Pedro, fui a ver a su mujer. Mientras llamaba con el viejo aldabón de la puerta, me pareció oír grandes voces adentro.

Salió a abrirme, ella. No puedo afirmarlo, porque era casi de noche, pero creo que tenía un gran cardenal en el rostro.

-Está borracho -me dijo- Casi no sale de casa, y bebe durante todo el día. Me atormenta como nunca, me golpea, me dice que tiene asco de mí.....

-No queda otro recurso que anunciarme, señora, ya que estoy aquí. Dígale que quiero verle, para pedirle que suspenda la próxima lección...

Ella entró; otra vez sonaron las voces destempladas. Luego salió la mujer y me dijo:

-Dice que no puede recibirle porque está indispuerto. No es cierto -añadió en voz más baja- está borracho, le juro que está borracho. Va a perder su talento con tanto alcohol; porque es muy inteligente -concluyó- pero es un malvado, es un malvado. Sabe? quiere matarme para casarse con la otra.

-Pero señora, si eso es imposible,- y hasta ahora no sé si hice bien o mal. Ella se casa dentro de un mes...

Su rostro constantemente desfigurado por una extraordinaria movilidad, pareció petrificarse de improviso; me miró sin decir nada, y entró en la casa poco menos que corriendo; quedé indeciso un instante, y luego cerré la puerta con la impresión de que algo espantoso acababa de desencadenarse.

Una semana después vino don Pedro a darme lección. Habló muy poco, y su sonrisa era la misma de antes, pero sutilmente más triste; quizá era yo el único que pudiese advertirlo.

DE LOS ANIMALES

Lamentable historia de un cocodrilo sincero

Nació cocodrilo, debiendo haber nacido Cordero Pascual. Desde su más tierna infancia, le incomodó la condición de cocodrilo, que, por fuerza de las escamas, la cola y la dentadura amenazante, le obligaba a pesados compromisos de estirpe; era, en verdad, una angustiosa incoherencia la de su espíritu manso y sencillo, con la forma de su cuerpo.

Le llamaron Ramsés en un impulso de vanidad desmedida; y es que sus padres, de humilde posición social, adolecían de una notoria tendencia megalomaniaca, que les hacía soñar con la rehabilitación de su pasado oscuro, descolorido, por el hijo a quien imaginaban ungido de luminosas predestinaciones.

Desde los albores de su conciencia Ramsés venía defraudando aquel anhelo de sus progenitores; pues allí donde éstos le querían empeñado en iniciales hazañas de destrucción propias de un niño cocodrilo que se estimase (cacería de pequeños peces, por ejemplo) él prefería entregarse a inocentes jugueteos natatorios, por entre las estrellas reflejadas sobre la tersa piel nocturna del Nilo.

Y, en vez de concurrir a los cónclaves trascendentales, en que graves cocodrilos hacían rememoración del pasado glorioso, con reminiscencias faraónicas y complicadas explicaciones teológicas, tendientes a justificar la injerencia del Cocodrilo en la vida religiosa del antiguo Egipto, Ramsés despreocupado de su linaje divino e indiferente al brillo de la Historia, dormitaba en la ribera, sintiendo sus costados dulcemente acariciados por el oleaje apacible.

Nadie como él para renunciar a las esforzadas búsquedas de agua, en las épocas de sequía, empresas en las cuales los adolescentes cocodrilos hacían demostración de su espíritu de sacrificio por la colectividad, conquistando tempranos laureles para su vida pública; cuántos de ellos murieron en la demanda, con papiros clavados en el pecho, en los que, junto a su afirmación heroica, dejaban escritas hondas frases de recuerdo para la amada.

Ramsés odiaba el camino del esfuerzo, y, en tales trances, prefería enterrarse en la arena para soñar, en ascético nirvana, hasta la próxima estación de lluvias.

Se había guardado celosamente el secreto alrededor de él; pero un día lo supo, sorprendiendo una conversación confidencial, entre dos respetables matronas, Presidentas de instituciones culturales y de beneficencia, y célebres por su conocimiento de la vida ajena; cosa que no puede criticarse, si se piensa que igual cosa ocurre en todo el mundo.

El secreto era éste: entre los ascendientes de Ramsés, se contaba aquel cocodrilo que, habiendo devorado a un sabio explorador alemán, resultó súbitamente imbuido de las ideas de éste, con la circunstancia de que la pesadez original de aquellas ideas teutonas, adquirió vitalidad y brillo, a través del temperamento personal del cocodrilo.

Es fácil imaginar lo que un cocodrilo, de por sí talentoso, habría podido hacer en servicio de sus congéneres, merced a la posesión de maravillosos conocimientos humanos. Pudo ser un gran reformador, el padre de una nueva era histórica. Pero qué ocurrió, en cambio? Que como sus ideas iban en desmedro de los intereses creados y los prejuicios, los poseedores de riquezas y los Grandes Sacerdotes se confabularon contra él; lo calumniaron y difamaron, mostrándolo ante la opinión pública como un fantasma amenazador, enemigo de la armonía social y el orden establecido. Y la

opinión pública, constituida por la muchedumbre de menesterosos, ignorantes y explotados, a quienes quería favorecer el antepasado de Ramsés, se levantó contra él y lo denigró sañudamente; no comprendió que así destruía la única posibilidad de su redención.

Las persecuciones le obligaron a huir y refugiarse en el alto Nilo, disfrazado de mendigo. La miseria y el desengaño fueron incapaces de doblegar el rígido espíritu, alemán que alentaba dentro de él. De tarde en tarde enviaba proclamas y manifiestos que eran clandestinamente distribuidos por sus doce últimos amigos. El Gobierno, constantemente amenazado por esta voz acusadora e implacable, logró al fin capturar al apóstol, valiéndose para ello de oscuros procedimientos extraditorios.

Fué conducido hasta Neo-Krokodrilópolis y escarpecido, vejado y maltratado por la turba inconsciente y malvada.

Custodiado en una oscura mazmorra, mientras se realizaba la parodia de un proceso, con jueces reclutados entre la hez de los altos dignatarios, se suicidó por envenenamiento fulminante, devorando a un sacerdote que había entrado a darle los últimos auxilios de la religión.

Cuando Ramsés conoció esta verídica historia, comprendió el porqué de su disconformidad con su Destino; era que la sangre del sabio alemán que bullía en sus venas, se acomodaba muy mal- y no podía ser de otra manera a la abyecta condición de cocodrilo gregario, sin ideales. Si, en fin, se hubiese tratado tan solo de un alemán, no de un sabio, seguramente ninguna inquietud habría atormentado el espíritu de Ramsés, que pudo ser uno de tantos pesados cocodrilos siempre dispuestos a alinearse en las orillas del río, para tomar sol, o a marchar acompasadamente en los movimientos de opinión, detrás de las ideas consagradas por la mayoría.

Cuántos vejámenes y humillaciones tuvieron que soportar los padres de Ramsés, debido a la mancha que en su linaje representaba la existencia del viejo apóstol. La sanción social, terriblemente agudizada por la estrechés de criterio reinante en Neo-Krokodrilópolis, se encargó de convertir en instrumento de tortura, lo que, lógicamente, constituía un timbre de orgullo. Pero ay!, no lo entendían así las respetables matronas de la "elite" social, ni los opulentos personajes de la política y el clero; todos siempre dispuestos a castigar a la familia de Ramsés con mezquinas exclusiones de las grandes festividades oficiales y de los cargos públicos.

Entre tanto, se aproximaba a pasos gigantescos la fecha señalada para la ceremonia anual de la Confirmación, mediante la cual, y en virtud de los cánones civiles y religiosos, los cocodrilos adolescentes trasponían el umbral de la juventud. Para ello debían hacer una demostración propiamente confirmatoria de la categoría cocodrilica, en sus más salientes y específicos caracteres: capacidad natatoria, dureza de escamas, fortaleza dentaria, y, lo último y más importante, el llamado "Rito del Llanto", consistente en la realización pública de un acto de crueldad, seguido de copioso llanto: el llanto mítico, el llanto que, hasta entre los humanos, había caracterizado al cocodrilo como exponente de un estado de conciencia; aquel, en virtud del cual, por ejemplo, las mujeres traicionan y abandonan a un amante, y lloran luego desconsoladas.

Y claro que para ésto se necesitaba preparación moral y física, (por parte de los cocodrilos, no de las mujeres, que lo hacen espontáneamente). Por ello los aspirantes se entregaban, con suficiente anterioridad al solemne acto, a penitencias, "retiros" y flagelaciones, para capacitarse moralmente; ésto, aparte de los torneos de natación y los pugilatos deportivamente reglamentados, a, fin, de evitar desgracias que podrían producirse por excesos temperamentales de los concursantes.

La opinión pública se encontraba realmente soliviantada con motivo de la próxima ceremonia, merced a la cual 500 adolescentes se lanzarían al palenque heroico de la vida juvenil. Cuántas ambiciones, cuántas esperanzas a punto de convertirse en realidad! Y, sobre todo, qué

desborde de pequeñas vanidades en los llamados altos círculos, en los que no se hablaba sino de la fiesta: de las galas que lucirían X. y Z., de la organización de los cortejos, de las damas, de los peajes, de la preparación de las danzas sagradas. Amargos resentimientos ensombrecieron el horizonte de la vida social, por fuerza de la selección que había necesidad de hacer.

Lógicamente cualquier niña de honestos antecedentes, con las escamas limpias de mácula deshonrosa, se sentía con derecho a llevar como caballero a un respetable cocodrilo oficial, ó a uno de aquellos que, por su activa intervención en la vida del gran mundo, eran reputados como los árbitros de la elegancia, y hacían gala, por ello, de un irritante engreimiento, negándose a acompañar sino a ricas herederas o damas de la diplomacia: perras embajadoras, por ejemplo.

Y las niñas, ofendidas, se dedicaban, entonces, a recordar tremendas cosas alrededor de la genealogía de los dichosos árbitros, de la conducta dudosa de algunas parientes suyas, del origen poco limpio de su fortuna, etc.,etc., - pero, gracias a Isis, todo llegaría pronto a su fin, y la vida ordinaria se restablecería sobre sus sólidas bases normales de tolerancia mútua y de olvido discreto de las cosas que es necesario olvidar.

Ramsés, entre tanto, continuaba entregado a su somnolente indiferencia habitual, solamente interrumpida por las recriminaciones paternas, las lágrimas de su madre y los velados reproches de sus pocos amigos.

El tiempo apremiaba, y su mismo temperamento meditativo ya fué incapaz de abstraerle a la agitación de los preparativos para la extraordinaria solemnidad.

Las últimas noches libres, las pasó encerrado en la síntesis de sus ideas sobre el mundo, sobre la vida, sobre el destino, sobre los cocodrilos...

Pensó que hay demasiadas estrellas en el cielo; que el cielo es enorme e incomprensible como la vida, pero que la vida no tiene estrellas.

Que el cielo presta algunas de sus estrellas al río, en la noche, porque ya no tendría donde ponerlas si así no lo hiciera;

que las estrellas no se apagan en el agua, porque el agua ama la belleza;

que los cocodrilos son buenos en el fondo, pero que les pierde su apego a inútiles e ilógicas tradiciones, a mezquinos prejuicios que envenenan su destino;

que llorar junto al cadáver de la víctima, mezclando lágrimas y sangre, es afear de hipocresía el sentido heroico de la lucha por la existencia; es, cuando más, parecerse a los hombres de ciertas religiones, que después de cometer a sabiendas un pecado, lloran su arrepentimiento, inconsolablemente;

que quizás lo único que consuela a estos inconsolables arrepentidos, es la idea de que volverán a pecar;

que la vida es buena, es triste, es bella y es amarga; que hay que vivirla apasionadamente así como es, en el dolor, en la dicha, en la belleza o en la fealdad; que esa es la suprema virtud de saber vivir;

que en el dolor hay, a veces, más dicha profunda que en la dicha;

que hay una honda ternura en los besos de despedida entre la arena de las orillas y el agua que se vá; que las inundaciones periódicas son como el celo del agua, que se queda poseyendo largamente las arenas;

pensó muchas cosas más, pero todas igualmente ingenuas, porque era un cocodrilo de alma simple.

Y llegó, por fin, el gran día. Se había escogido un lugar solitario para realizar la ceremonia; tanto por el secreto requerido por las fórmulas litúrgicas, como por que todos sabían que a la aparición de cualquier mísera presa, desde el Sumo Sacerdote hasta el más famélico proletario se habrían lanzado igualmente a perseguirla, impelidos por aquella tremenda imposición estomacal, a cuyas exigencias nadie podía substraerse, a pesar de las altas jerarquías y los pomposos títulos de que se hacía gala:

Ante la palpitante expectación de cinco mil cocodrilos alineados como troncos ásperos a lo largo de las riberas, se desarrollaron las pruebas preliminares: torneos de natación, resistencia debajo del agua, fuerza dentaria, etc.,etc. Dos jóvenes actuantes perecieron ahogados, en su desmedido y heroico propósito de sobrepasan los límites señalados para la zambullida. Sus cadáveres, cubiertos de yerbas acuáticas, fueron depositados sobre féretros improvisados en la arena, y custodiados por cocodrilos del Gobierno.

Ramsés actuó discretamente; su vigor natural le permitió equiparar sus acciones a las de los competidores, que se habían entrenado cuidadosamente.

Luego, en medio de un silencioso recogimiento, se arrastró hasta el altar a las víctimas destinadas para el Rito del Llanto: camellos, bueyes, asnos y un negro.

La muchedumbre confrontó minuciosamente el número de las víctimas, porque se rumoreaba que algunos altos dignatarios habían substraído varios ejemplares, para destinarlos a su mesa particular; cosas de la política y los políticos de todo el mundo...

Las pruebas fueron realizándose ante el fervoroso arrobamiento de la multitud. Marcó la culminación del acto, el triunfo de un joven cocodrilo de dulces ojos azules, a quien se atribuían aspiraciones al Sumo Sacerdocio, el cual después de devorar a la víctima que le había sido señalada., quiso llevar la demostración de su altísima condición de cocodrilo intrínseco, hasta el último límite; pidió con los ojos nublados de llanto, que le entregaran a su padre a quien, a pesar de sus protestas doloridas, pues el espíritu de sacrificio tiene un límite, trituró concienzudamente, mientras desgarradores sollozos brotaban de su garganta con lúgubre borboteo de sangre. La multitud, estremecida, consagró su admiración al inconmensurable héroe, a quien, desde luego, asignó ya en su corazón el puesto de Sumo Sacerdote. Inmediatamente después del acto, el joven cocodrilo recibió las congratulaciones populares, sonriendo con modestia ejemplar, que le granjeó las simpatías de las señoras. "Es un niño grande" - se decían.

Y, así, hasta que le tocó el turno a Ramsés, quien, mientras avanzaba hacia el altar, tuvo el presentimiento de que se aproximaba el minuto decisivo de su existencia; pasó ante los ojos de su alma, en turbadora visión, la imagen de aquel antepasado, apóstol del Bien y la Verdad, cuya mirada helada por la muerte parecía señalarle un camino inesperado, con fuerza inexorable, eterna.

El negro, demacrado y triste, había sido designado para servirle de víctima, y esto, en virtud de la escasa consideración que se dispensaba a Ramsés y su familia; a los privilegiados, se les dió camellos, bueyes y asnos; en cambio a él, tan solo un ser humano de raza negra; qué mayor prueba del odioso menosprecio con que le afligieron durante toda su vida? Así lo comprendieron los pocos cocodrilos de recto criterio y espíritu amplio que presenciaban la escena. Ramsés se ruborizó desde lo más íntimo de su ser, y más que por él, cuya filosofía le preservaba de semejantes mezquindades, por sus pobres padres a quienes, en su persona, se infligía esta última humillación.

El negro, inconsciente del importantísimo papel que desempeñaba en aquel instante, temblaba aterrorizado, en vez de sonreír orgulloso y agradecido por el honor que se le iba a dispensar.

Ramsés se enfrentó con él; la mirada de la víctima se le hundió, como un puñal en el corazón. Con voz que nadie más pudo oír, el negro empezó a hablar con frases entrecortadas:

-Señor, tened piedad de mí; yo sé que sois bueno, lo veo en vuestros ojos, y pienso que no podríais devorarme después de oír mi historia...

La muchedumbre, en suspenso, contemplaba la escena creyendo quizás que Ramsés retardaría la iniciación del rito, para darle mayor solemnidad.

El negro continuó:

-jamás conocí la felicidad; fuí huérfano desde mi más remota infancia, porque los enemigos de mi tribu se comieron a mi familia entera, sin dejarme siquiera una tía que me deparara su ternura; a mí me despreciaron por ser demasiado tierno para su gusto. Recogida por los vencedores, en calidad de esclavo, mi horizonte se nubló para siempre de palos y vejámenes; sufrí todas las humillaciones y los malos tratos imaginables, en la época en que los demás niños del mundo son dueños de la ventura. En mi juventud se multiplicaron los sufrimientos, y cuando el amor alumbró mi camino, mataron a la mujer que tuvo la desdicha de quererme; los perros que rondaban en torno a las hogueras nocturnas, merecían mejor suerte que yo, porque roían sin sobresaltos ni vergüenza los huesos que les echaban sus amos, y amaban cuando querían amar; fuí humilde y respetuoso, y me maltrataron por servil; quise rebelarme y me torturaron por rebelde; amé otra vez y me infligieron el más vergonzoso y definitivo castigo que puede imponerse a un hombre..."

Entre tanto, se levantaban rumores de inquietud en la muchedumbre, pero Ramsés no los oyó.

-“Huí, al fin, de manos de mis verdugos, y empecé a conocer la inefable sensación de la libertad. Es cierto que mis piernas se negaban ya a llevarme demasiado lejos; mis espaldas deshechas por el látigo, apenas soportaban las inclemencias del tiempo; pero mi corazón renacía a la vida, sin otra esperanza que la de vivir los últimos días de mi existencia, mordiendo raíces de sabor amargo, frente al horizonte abierto, al cielo mío, como de todos los hombres y los animales de la creación, a orillas de este Nilo incomparable que ya no veré más; y, entonces cuando apenas vislumbré todo el mundo abierto ante mis ojos torpes, ante mis pies vacilantes, me prendieron para traerme a este lugar..."

Ramsés lloraba; gruesas lágrimas empañaban sus ojos los sacerdotes próximos a él, creyeron que se trataba del llanto ritual, y tranquilizaron a la multitud exasperada por la lentitud del oficiante.

-“Y ahora, señor - continuó el negro - devoradme, si queréis para cumplir vuestro compromiso de estirpe, ante los congéneres que os rodean. Devoradme y llorad, con lágrimas que ya no serán tan puramente hipócritas y mentidas, porque mi sangre torturada, mi pobre sangre de esclavo, de mártir, estará llorando por vuestros ojos; y seréis dichoso y querréis quizá olvidarme, pero os será imposible conseguirlo, porque eternamente, en vuestro corazón, gemirá mi carne triturada, mi espíritu dolido..."

Ramsés lloraba ya con grandes sollozos; los espectadores se engañaron todavía durante un minuto, pero al fin se descubrió la verdad, cuando Ramsés se irguió sobre la cola y contempló desafiante a la turba, y dijo luego, con voz profética, definitiva:

-Cocodrilos: habéis visto lágrimas en mis ojos, sí pero, sabedlo, son lágrimas verdaderas, lágrimas de dolor vertidas por el dolor del miserable ser destinado por vosotros para mi víctima. No son, oídlas bien, las lágrimas de la sucia ficción con que creís ganar el respeto de vuestros semejantes. No me sentaré jamás – concluyó con lentitud - en el banquete de la infamia en que sazónáis con llanto la carne de la víctima, oh siniestros convidados, vosotros, ungidos de iniquidad...!

Un venerable sacerdote intentó aproximarse a Ramsés, quizá para intentar el recurso de una oración que salvara al sacrílego, pero éste le deshizo el cráneo de una dentellada y estalló luego en horripilantes carcajadas. La muchedumbre se encogió, aterrorizada, mientras Ramsés descendía del altar; nadie osó tocarle, de tal modo el horror de la muerte del sacerdote había paralizado toda iniciativa.

Sin volver la cabeza, se adentró en el desierto, caminando fatigosamente. El negro, creyendo quizás ganar con esto el perdón de los sacerdotes y salvar su vida, corrió detrás de él e intentó herirle con un hacha, pero fue destrozado por un tremendo coletazo.

Más tarde se oyeron lúgubres carcajadas rebotando entre las dunas, y, muchos días después, se encontró su cadáver junto a la Esfinge cuya sonrisa de piedra era una pequeña sonrisa, ante la sonrisa plenificada, inmensa, de la boca descarnada de Ramsés.

la araña y la mosca

REl tanto viendo aquella "figura animada", que, una respetable señora sentada a mi lado, hizo ademanes de disgusto; luego se dirigió al que supongo era su marido, y le dijo en tono de superioridad:

-No comprendo qué llama la atención de la gente en estos disparates sólo bueno para niños. Qué tiempos aquellos de las películas "con argumento" y con enseñanzas morales...

Pensé por un instante, moderar mis carcajadas, pero luego me reí aún más desatinadamente, con la felicidad "de un niño". Ya después de la función reflexioné sobre el espíritu de esta gente pseudo-trascendentalista, que necesita películas "con argumento y lecciones morales"; esta gente que goza asistiendo a la representación de "obras intensas" y encuentra un deleite sospechosamente sádico, al contemplar las contorsiones de un epiléptico babeante; o que se conmueve con los dramones en que el héroe salva a su dama, derrotando en forma absoluta e indudable a los "malos".

Mi "figura animada" era, deliciosa: Una araña demacrada por el ayuno, pulsaba desesperadamente los hilos de su tela, como las cuerdas de un arpa, tratando de atraer a las moscas que revoloteaban indiferentes al hechizo. Por momentos, la araña se revolvió, mirando a sus presuntas víctimas con tal desolación, que me recordó los gestos de cierta cantante que aullaba el "Adiós" de la Traviata en reuniones familiares.

Dormía tranquilamente, cuando en mi sueño surgió la figura de la araña. Se detuvo en un extremo de la almohada y quedó mirándome con aquellos ojos infinitamente tristes que tanta gracia me hicieron en el cine. Quise reírme otra vez, pero la araña esbozó una melancólica sonrisa tan llena de abatimiento, entre los descuidados pelos que le dibujaban una especie de barba ridícula, que me puse serio esperando que ella hablara:

La araña avanzó un poco; adoptó una cómoda postura cruzando dos patas sobre el abdomen; su triste mirada seguía fija en mí, dándome la sensación de un chorro negro de amargura.

-Le hice mucha gracia en el cine - me dijo con voz pausada y grave - Ya sé que mi situación se hace cada vez más ridícula aunque en el fondo es trágica; empieza por mi hambre, y acaba en la grotesca técnica que he debido adoptar para atraer moscas a mi tela. Y qué he de hacer, señor? Por no ponerme en ridículo; por evitar que usted se ría de mí pagando su localidad, he de dejar de comer? O pretende que me haga vegetariana?

Yo quise explicar mi conducta, pero ella continuó:

... atravesamos tiempos terribles. Todo el orden natural de las cosas se vá trastornando. Y no le hablo tan solo por interés propio; aunque Ud. me vea así como soy, una miserable araña condenada a tocar arpa para atraer moscas, tengo, en el fondo, profundas inquietudes por los grandes problemas.

Si las moscas, imbuidas de increíbles conocimientos, plenas de experiencia y previsión ya no se dejan comer por las arañas, cuál es, señor, nuestra situación? En el mundo debería regir siempre, el orden lógico de unos que se comen a otros para ser, a su vez, devorados por los de más arriba.

Hoy se llena el Universo de extrañas teorías según las cuales la mosca se revela contra tan sabias disposiciones de la Naturaleza, pretendiendo ser dueña de su destino, y resistiendo, con irritante impavidez, aquellas atracciones con que desde tiempos inmemoriales nosotras la enredábamos en nuestra red. Yo me pregunto, ahora; cuál es la situación de la araña? Descartemos -continuó con tono despectivo- el absurdo de hacernos vegetarianas. O, por ventura nos dedicaremos a tejer trajecitos para niños y ropa interior para mujeres? Absurdo... Nuestra más gloriosa tradición se engalana con el recuerdo de ilustres arañas que se comieron moscas; tanto más ilustres, cuantas más moscas devoraron.

Y ahora, señor, en gracia a ridículas teorías, nos convertiremos en miserables obreras condenadas a ganarse el pan con el sudor de su frente? Dónde queda el sentido heroico de la existencia?

-Por lo visto, es Ud. reaccionaria...

-Reaccionaria o no, mi problema es espantoso; y somos nosotras, las auténticas arañas, tan comedoras de moscas como Napoleón conquistador de Europa, las que levantamos nuestra voz de protesta.

El rostro demacrado de la araña, sus ojos rodeados de profundos surcos moradas; su especie de barba rala e hirsuta, le daban un aspecto terrible; casi diría patibulario, si no supiera que el patíbulo es inaplicable a la araña.

Quedó mucho tiempo en silencio, como obsediada por el vuelo de alguna mosca de ilusión.

Luego siguió diciendo lentamente:

-Necesito hacer confidencias. Le relataré un cruel episodio de mi vida: Llevaba tres días sin comer. Inútilmente había tentado todos los recursos imaginables para coger una mosca. Ejecute las más delicadas melodías en mi arpa. Las moscas revoloteaban cerca de mí o se posaban casi al alcance de mis patas, y escuchaban atentamente. Luego hacían sabios comentarios acerca de mi habilidad; me comparaban con grandes artistas de la época; una decía: "toca con mucho sentimiento"; otra respondía: "Si, pero le falta técnica". En fin, una crítica completa, y luego se iban saludándome amablemente. Yo estaba enloquecida de debilidad e impotencia.

Una pequeña mosca adolescente, frágil y esbelta, había quedado cerca de mí. Con voz suave me pidió que volviera a tocar; lo hice, poniendo en la ejecución toda la amargura de mi alma. Ella me escuchaba embelesada. Toqué no sé cuánto tiempo. Lentamente, mi apetito desapareció transformándose en una profunda ternura. Me sentía extrañamente conmovida por la emoción de esta pequeña mosca que después de tanto abandono, de tan espantosa miseria, me acogía en su apasionada comprensión.

Se aproximó hasta ponerse al alcance de mis patas. Otra vez habló el instinto en el fondo desolado de mi hambre. Aún me contuve. Luego maquinalmente, volví a tocar. Ella escuchaba con los ojos cerrados, en plena hipnosis emotiva. Tocando solo con cinco patas, alargué la sexta y, dulcemente, quizá sin que ella lo sintiera, la estrangulé. Luego seguí tocando mucho tiempo, como arrullando el cadáver de este pequeño ser cuya muerte empezaba a atormentar cruelmente mi espíritu. Mis lágrimas se mezclaron a su sangre caliente que me embriagó como un vino infernal.

Al día siguiente, tejí un sudario para el cadáver de mi amiga; de aquella pequeña mosca sensitiva a quién tuve que matar, aún sabiendo que mataba en ella el último espíritu emocional que se había aproximado a mi hambre, a mi espantosa miseria...

En otras circunstancias, sin el apremio del hambre, hubiera podido salvar su vida. Mi bello gesto habría pasado a la tradición, pero entonces, nada pude hacer sino lo que hice, inexorablemente condenada por la necesidad.

Y es así como la prosa de la vida, palpitante de urgencias, inaplazables, nos obliga a destruir lo bello, lo espiritual, lo noble... Tenemos que comernos el alma.

La araña calló. Sus grandes ojos febriles se nublaron. Luego, sin decir nada más, dió media vuelta mostrándome sus patas esqueléticas monstruosamente agigantadas por la proximidad, y descendió por el borde de la almohada hasta perderse de vista.

medoro

(Biografía canina)

CHIRRIARON los frenos del automóvil, se levantó una pequeña nube de polvo, y el vehículo continuó su marcha, momentáneamente aminorada.

Apenas tres o cuatro transeúntes se detuvieron por unos momentos junto al cuerpo palpitante de Medoro, hasta que éste quedó definitivamente inmóvil.

He ahí un epílogo miserable, para una vida ejemplar; Medoro murió tan obscuramente como aquel señor Curie, descubridor del radium, que un día pereciera con el cráneo aplastado por las ruedas de un carro distribuidor de legumbres.

No es que Medoro hubiese descubierto nada sensacional; pero su vida entera, fué una práctica admirable de bellas cosas descubiertas hace miles de años, y olvidadas por todo el mundo.

El alma de Medoro -Medoro era un perro, y los perros tienen tanta o más alma que muchos arzobispos y poetas- se desprendió como una pequeña nube blanca que, durante algunos instantes, se mantuvo flotante sobre la pelambre negra y ligeramente encrespada, como contemplándola con tristeza. Luego inició su ascensión, y se perdió en lo alto.

En el breve lapso transitorio entre la muerte y la fijación definitiva de las formas ultraterrenas, mientras subía por el espacio, en medio de la humedad incómoda de las nubes, Medoro -su alma- hizo una fantástica revisión retrospectiva.

Recordó cómo, antes de abrir los ojos, sentía la tibia caricia de la lengua de su madre, una buena perra, pobrísima, que habiéndole concebido en el vértigo de una instantánea pasión callejera, le lanzó al mundo en un rincón de la casa de sus amos. Luego abrió los ojos, y el mundo le pareció desagradable. La luz le producía mareos, sentía frío y mal olor. Otros dos pequeños perros, parecidos a él, dormitaban a su lado gruñendo quedamente.

Uno de sus hermanos, el más fuerte, despertó las primeras amarguras de Medoro, quitándole siempre el pezón ansiado. No era lo que necesitara constantemente, pero cada vez que Medoro lo buscaba, acuciado por el hambre, el otro le echaba a un lado, valiéndose de ser más grande y tener más fuerza. Medoro sufrió así, prematuramente, el dolor de las desigualdades sociales. Si hubiera sido hombre, si como tal hubiese sabido escribir, es posible que de allí, desde el fondo de su perrera improvisada, lanzase al mundo alguna nueva doctrina de reivindicaciones, plena de dolor y rebeldía! Pero Medoro era un perro, apenas, y "su obra" se redujo a frotar el hociquito húmedo y ansioso contra el vientre lustruoso de su madre.

Pasaron algunos días, y una mañana apesar de los desolados gruñidos de la madre, que, como buena madre y perra de verdad, habría sido capaz de hacerse matar por sus crías, éstas fueron trasladadas por los niños de la casa, en medio de grandes gritos, hasta las habitaciones de los amos.

Medoro encontró todo esto muy incómodo. Le pasaban de mano en mano, haciendo los más absurdos comentarios. Pepita la niña menor, le besó en el hocico haciendo caso omiso de las protestas airadas de su madre, protestas que desencadenaron el más acerbo resentimiento de Medoro, que tuvo agrios calificativos mentales para la señora.

Pronto desaparecieron sus hermanos. Supo que el más grande había sido enviado al campo, y el pequeñito, que no llegó a abrir los ojos, murió de debilidad e impotencia para la vida.

Medoro se hizo el favorito de la familia. Le observaban todos los días, encontrando dulce e inteligente su mirada.

Los primeros meses de su infancia los pasó, casi íntegramente, en manos de Pepita, y se hizo amigo de los juguetes de ésta, que tenía tres muñecas y un elefante. Este último, medio destripado, sucio y melancólico, casi no salía del cajón en que le tenían guardado. Medoro acostumbraba acurrucarse junto a él, hasta que trabaron amistad. Contó el elefante, cómo, habiendo sido un día el juguete predilecto, vino luego a menos, no obstante sus hermosas cualidades morales, derrotado por la vistosa y ridícula muñeca de moda. Apesar de su ponderación, del tono triste y mesurado con que hablaba, no podía contener ciertas expresiones rencorosas al referirse a la muñeca. Decía, por ejemplo, “la estúpida esa”, o, cuando Pepita cometía desatinos, murmuraba despectivo: “parece una muñeca”.

Medoro llegó a tener por el elefante un tierno afecto. Alguna vez, jugando, lo arrastraba hasta el patio, para que se refocilase al sol; y, en ninguna parte reposaba más confiadamente su cabeza, que en el vientre semi-deshecho de su viejo amigo.

Como si el transcurso de la vida no fuese sino un continuo movimiento de ausencia, también un día se fué el elefante. Fueron inútiles las angustiosas pesquisas que Medoro hizo por toda la casa, con el hocico húmedo de lágrimas a ras del suelo, olfateando desde el desván al sótano. Y tuvo que sorber hasta las heces, la indecible amargura de los adioses sin esperanza.

Arrastrado por la melancolía y por cierta extraña inquietud, Medoro se dió a vagabundear primero cerca de la puerta de calle, y, luego, cada vez más lejos. Conoció la curiosidad olfativa de sus congéneres, la radiante brillantez de los días de sol, y los pequeños sobresaltos del tráfico. Un día, le atrajeron mimosamente; Medoro, se acercó temeroso al hombre que le ofrecía un pedazo de pan, y huyó espantado al quererle éste atrapar. Más tarde relatando su aventura en un corro de amigos, un viejo perro callejero, lleno de amables paradojas y entretenidas anécdotas, le advirtió el peligro: “son canallas que cogen perros tiernos para llevarlos a las fieras del Circo”.

La vida doméstica se hacía insoportable para Medoro. Cada vez le castigaban más torpemente por sus continuas ausencias, y hasta le torturaron una vez, sometiéndole al oprobio de un collar. Se comparó mentalmente con la madre de Pepita, a quien alguna vez había visto también con collar, y se dijo que no tenían derecho para tratarle “como si fuera una vieja”.

Medoro contempló un día más largamente que de ordinario, el cajón de juguetes; puso la húmeda ternura de sus ojos profundos, sobre las muñecas y en el rincón vacío del elefante; recorrió en menudo trote los lugares amigos de la casa; husmeó las rollizas piernas de la cocinera; hasta tuvo una caricia para Pepita, y salió a la calle, llevando en el corazón aquella honda resolución con que parten los exploradores polares y los buscadores de tesoros; una persistente voz interior le decía que tras de cada esquina, junto a todos los montones de basura, en la lluvia como en el sol, en el hambre o en la dulce tarea de roer el hueso más sabroso, se esconde la infinita alegría de ser libre. Medoro habría ladrado la más vibrante de las marsellesas, al sentirse un nuevo “sans-culotte”, libre de las ridículas capitas con que pretendieron uncirle al yugo de los mimos caseros.

Su peregrinaje le llevó igual por las rutas del dolor que de la alegría. Desde el fondo de quién sabe qué extraña sabiduría interior, extrajo su propia fórmula-síntesis de la felicidad: saber saltar con gesto altivo y risueño por sobre los charcos sucios y amargos, y concentrar en un revuelco feliz la dicha de un instante.

No tuvo grandes aventuras amorosas. Repudió las persecuciones lamentables en que veía empeñados a sus amigos con la lengua colgante y la respiración entrecortada, detrás de alguna

perra en celo. Su instinto le arrastraba, muchas veces, a engrosar las filas de los perseguidores, pero nunca le faltó, en el preciso minuto, la fuerza suficiente para torcer el camino y esconder la lengua.

Si alguna vez una perra no codiciada, y por lo mismo más amorosa y emotiva que las otras, le brindó su amor, Medoro la amó profundamente, sin grandes aspavientos ni escenas teatrales; la hizo suya y la abandonó luego con dulzura. Comprendía que el amor debe ser así, profundo hasta casi adquirir el sentido de la muerte, pero que, después, es vano y ridículo pretender convertirlo en argumento de melodrama vulgar.

Medoro acompañó a muchos hombres; cordial por temperamento, no rehusaba las caricias ni los llamados; conoció algunas casas, tuvo amigos, vivió pocos días en su compañía, y luego se fué. No tenía de la lealtad ese concepto atrasado y romántico que tienen sus congéneres, propensos a confundir servilismo con lealtad.

Fué caritativo y valiente; peleó defendiendo a los débiles; robó cuando tuvo hambre; mordió a quienes lo despreciaban. Durmió en los templos con una especie de ingenua confianza en la bondad de Dios, y ladró luego, desafortunadamente, cuando los sacristanes y monaguillos le quisieron echar. Sirvió de lazarillo a un ciego, a quien luego abandonó al comprobar que no era tal, y robaba a sus prójimos engañándoles.

Anduvo por la vida amándola en silencio, con un santo regocijo de vivirla; trotó por las calles y los caminos sintiendo en las patas, en los ojos y en la piel, un maravilloso calor de dicha, como si la tierra le besara con la luz, con el aire, con la tibieza del suelo en los días de sol. En invierno, supo acurrucarse con altiva resignación en los portales, para no caer en la vileza de sus congéneres que, en esta época, se valían de los más bajos recursos para agenciarse un zaguán, fingiendo hipócritamente ser sus guardianes, y mordiendo, para demostrarlo a viejas, niños y mendigos indefensos.

Hasta un día en que trotando desaprensivamente por un camino, vió, de pronto, venir sobre sí la mole de un automóvil; quiso huir, pero sintió la mordedura de una llanta contra el suelo; un crujido espantoso resonó en su cráneo...

Ha concluido la ascensión. Medoro está en la puerta del cielo de los perros, que se abre pesadamente. Dos perros galgos de ojos melancólicos, provistos de alas, le conducen ante un Tribunal presidido por Cerbero que luce una capa con bordados de oro. Comienza el interrogatorio:

-Tu nombre?

-Medoro.

-Raza?

-No la tengo.

Los galgos guardianes se miran entre sí con expresión de niñas educadas en colegios distinguidos.

-Edad?

-4 años.

-El nombre de tu amo?

-No tengo amo. Huí muy tierno, de la casa en que nací.

-A quién serviste después?

-A muchas personas. Luego me separé de ellas, y, en la época de mi muerte, vivía solo.

-Abandonaste a tus amos?

-Sí

-No has sido leal? -preguntó entonces el viejo presidente, con un temblor de angustia en el ladrido.

-Lo fui hasta donde la reciprocidad me garantizaba una situación digna. Otras veces, me convencí de que los hombres no eran merecedores de ello; por eso los abandone. No quise confundir lealtad con sumisión incondicional.

-Canalla! Eres un perro indigno; tu deber de perro era ser leal. Los perros han sido hechos para servir al hombre sin juzgar sus actos. Merecías ser lobo, Chacal o hiena...

Medoro calló, observando distraído la decoración un poco cursi de la sala.

El Tribunal deliberaba, entre tanto. Un bull-dog de tremenda apariencia, probablemente Fiscal, aullaba en forma impresionante, mostrando los dientes al Medoro y haciendo citas latinas... Luego se hizo un silencio solemne, y Cerbero dijo con voz grave y sentenciosa:

-Por desleal, por haber traicionado el principio fundamental de la ética canina; por tener ideas avanzadas, opuestas a nuestra más gloriosa tradición, te condenamos a mil años de Purgatorio; luego merecerás la gloria de vivir eternamente entre nosotros. De otro modo, bajarás de nuevo a la Tierra, condenado a seguir viviendo sin amos, a no roer jamás huesos tiernos ni dormir en perrera. Vivirás miserablemente debajo de los puentes, y te golpearán, y te echarán de todos los umbrales, y los niños te perseguirán cuando quieras amar... Escoge tu camino.

Medoro escuchó tranquilamente la sentencia. Sin ladrar una sílaba, se dirigió a la puerta del Cielo, escoltado por los galgos de mirada dulce, que lamían coquetamente sus pequeñas y vistosas alas:

Frente a la puerta, arrancaban tres caminos sobre los cuales se leían estos letreros: INFIERNO-PURGATORIO-TIERRA. El primero, estaba adornado con figuras de perritos-ángeles que se tapaban los ojos con horror; el segundo, ostentaba máximas morales y exhortaciones a la penitencia; junto al último, se leía "Valle de lágrimas".

Medoro aspiró profundamente el aire ligero y fresco; cerró los ojos en una apasionada visión interior del mundo y de la vida; dió algunas vueltas husmeando, mientras los galgos cerraban la puerta. Levantó la pata contra el poste del Purgatorio; y luego con la mirada frente al infinito, emprendió de regreso, el camino de la Tierra, el camino de la Vida.

FIN